

secretos para contar

Fabulario

Fábulas y cuentos populares



La vaca colorada

FABULARIO. Fábulas y cuentos populares**Investigación y selección de textos:**

Lina Mejía Correa, Vanessa Escobar Rodríguez,
Daniel Álvarez Betancur.

Edición:

Lina Mejía Correa, Vanessa Escobar Rodríguez,
Daniel Álvarez Betancur.

Diseño gráfico y diagramación:

Carolina Bernal Camargo.

Ilustraciones:

Carolina Bernal Camargo.

Corrección ortotipográfica:

Juan David Villa Rodríguez.

Adaptación de textos:

Patricia Miranda Saldaña.

Agradecemos de corazón a todas las personas e instituciones que nos dieron autorización para la reproducción de estas obras, permitiendo así que lleguen a los hogares del campo colombiano.

Nota: Secretos para contar ha realizado una búsqueda minuciosa en la obtención de los derechos de autor necesarios para la realización de los actos de reproducción, distribución y comunicación pública de estas obras. En caso de la existencia de titulares legítimos de derechos pertenecientes a obras no identificadas incluidas en este libro, estos pueden contactar a la fundación Secretos para contar a través del correo electrónico comunicaciones@secretosparacontar.org para su oportuna identificación y gestión.

Tercera edición: 100.000 ejemplares,
octubre de 2025.

Secretos para contar ISBN 978-628-95539

Fabulario. Fábulas y cuentos populares

ISBN 978-628-95539-4-9

Impreso en Colombia por Editorial Nomos S.A.

Diagonal 18 bis 41-17, Bogotá

FUNDACIÓN SECRETOS PARA CONTAR

Consejo de Administración: Lina Mejía C., Juan Luis Mejía A., Juan Guillermo Jaramillo C., José Alberto Vélez C., Juliana Mejía P., Manuel Santiago Mejía C., Jorge Orlando Melo G., Jorge Mario Ángel A., Andrés Felipe Roldán G., Martha Ortiz G.

Los recursos que hacen posible el programa de promoción de lectura de la Fundación Secretos para contar (y que incluye el trabajo con maestros, familias, estudiantes, y la entrega del material de lectura) han sido aportados por una red de **más de 100 entidades público-privadas**, cajas de compensación y entidades del sector solidario que se unen al sueño de llevar lectura, educación y entretenimiento a las poblaciones rurales.
¡Gracias a ellos!

Gracias a todo el equipo de trabajo que hace posible que la Colección Secretos para contar viva en la casa campesina, a las familias del campo por recibirlas, y a los maestros rurales por su gran labor.

® Todos los derechos reservados

Fundación Secretos para contar

fundasecretos@secretosparacontar.org

Tel. 57 (4) 3220690

Medellín, Colombia

www.secretosparacontar.org

**MATERIAL EDUCATIVO DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA;
NO TIENE VALOR COMERCIAL.**



*Leer y contar cuentos nos permite soñar.
Este libro está dedicado a los soñadores.*

Contenido

- 6 Presentación**
La felicidad de la lectura
Luis Fernando Macías
- 9 El lobo satisfecho y la oveja**
Esopo, Grecia
- 10 El oro y las ratas**
Anónimo, India
- 12 La ratoncita niña**
León Tolstói, Rusia
- 14 El zorro y el tigre**
Anónimo, China
- 15 Yudistíra y el perro**
Anónimo, India
- 16 La hormiga y la mosca**
Esopo, Grecia
- 18 El burro flautista**
Tomás de Iriarte, España
- 19 La rana y la gallina**
Tomás de Iriarte, España
- 20 El roble y el leñador**
Anónimo, México
- 22 Otras riquezas**
Anónimo, Colombia
- 23 El molino mágico**
Anónimo, Noruega
- 26 La avispa jueza**
Fedro, Italia
- 27 Los sueños del sapo**
Javier Villafañe, Argentina
- 30 El plato de madera**
Hermanos Grimm, Alemania
- 32 El perro y el pedazo de carne**
Félix María de Samaniego, España
- 33 Un buey llamado Hermoso**
Anónimo, Bután
- 36 La tortuga blanca**
Anónimo, China
- 39 La paloma de la paz**
Anónimo, Azerbaiyán
- 41 Ping, el jardinero**
Anónimo, China
- 43 Baula y Tufik**
Anónimo, Nepal
- 46 Las mazorcas doradas**
Anónimo, India



49 El lobo y el zorro

Hermanos Grimm, Alemania

53 La pequeña luciérnaga

Anónimo, Tailandia

57 La mangosta bienhechora

Anónimo, India

60 Ratón de campo y ratón de ciudad

Esopo, Grecia

64 La gallina de los huevos de oro

Esopo, Grecia

66 El león y el mosquito

Jean de la Fontaine, Francia

68 La zorra y la cigüeña

Félix María de Samaniego, España

70 El gato y el cascabel

Anónimo, Europa

71 El pastorcito mentiroso

Esopo, Grecia

73 El león y el ratón

Jean de la Fontaine, Francia

75 La liebre y la tortuga

Jean de la Fontaine, Francia

78 La liebre y el león

Esopo, Grecia

80 La rana y el buey

Félix María de Samaniego, España

82 El águila que voló más alto

Álex Rovira y Francesc Miralles, España

86 Gallina para tres

Anónimo, Suramérica

89 El invitado de honor

Anónimo, Medio Oriente

92 Tío Tigre y Tío Conejo

Anónimo, Suramérica y Las Antillas

94 Las credenciales del caballo

Anónimo, España



La felicidad de la lectura

Probablemente dos de los géneros literarios más antiguos de la humanidad sean los cuentos populares y las fábulas. Así como hoy en medio de una fiesta alguien toma la palabra para contar un chiste, en otros tiempos se hacía lo mismo con las fábulas y los cuentos. Su finalidad principal es divertir, pero, como son relatos breves e inolvidables, con un alto contenido de sabiduría, en el momento de su lectura o su narración no solo nos dan felicidad, sino que también nos enseñan a vivir con sensatez, ingenio y mesura.

Generalmente son pequeñas historias narradas en verso o en prosa, en las que una pareja o un grupo de personajes, con frecuencia animales, resuelven una situación graciosa o de conflicto que alude a la vida práctica. Gracias a la personificación, en fábulas y cuentos los animales hablan entre sí, se comportan como humanos y encarnan diferentes sentimientos; es decir, se convierten en el espejo de nuestro carácter. Tal vez por eso nos atrapan de un modo irresistible.

Desde que la humanidad existe ha tratado de transmitir sus conocimientos y su experiencia a sus semejantes. Estos relatos encierran un principio de sabiduría que se ilustra en la eterna lucha entre el bien y el mal, representado aquél por personajes que encarnan la debilidad frente a la fuerza, la ingenuidad frente a la malicia o la sensatez frente a la ambición. En sus tramas son castigados el oportunista, el pillo, el envidioso, el egoísta, el pretencioso, el aprovechado y hasta el vanidoso... Aprendemos a ser metódicos, precavidos, agradecidos, generosos y comprensivos.

Por el hecho de que fascinan a grandes y a chicos constituyen una magnífica oportunidad para la reunión de las familias y de los grupos al calor del hogar, en el aula de clases o en las celebraciones comunitarias. Su verdadera razón de ser consiste en ofrecer una historia sencilla que despierta los hilos de la imaginación y del asombro.

Una de las escenas que con mayor alegría recuerda un viejo de cuando era niño son esas jornadas en las que alguien, en la atmósfera de la llama de una vela, le contaba o le leía este tipo de historias. Al niño lo preparan para afrontar dificultades en la vida futura, en tanto que al viejo le permiten disfrutar del recuerdo de sus años niños: ¿quién que la haya leído o escuchado no recuerda, por ejemplo, esa emoción que sentía cuando, en medio de la carrera entre la liebre veloz y la tortuga lenta, muy lenta, salía vencedora la segunda gracias a su actitud indeclinable y a su perseverancia, mientras que la primera resultaba perdedora debido a su engreimiento y al hecho de menospreciar a su oponente por su incapacidad natural para correr?

Este libro de Secretos para contar ofrece algunos relatos que vienen desde la más remota antigüedad, y otros escritos recientemente. Sin duda, el mejor camino para acercarnos a la lectura es el disfrute, y con este libro podremos entrar al juego de la narración de historias y divertirnos, aprender, reflexionar y conversar mientras dejamos que nuestra imaginación ponga los colores.

Luis Fernando Macías

Febrero de 2024



El lobo satisfecho y la oveja

Esopo, Grecia

Un lobo que estaba lleno de tanto comer divisó a una oveja tendida en el camino. Al acercarse, se dio cuenta de que la ovejita estaba aterrorizada.

—No temas, ovejita —le dijo el lobo con dulzura—. Si me dices tres verdades, te dejaré ir sin hacerte daño.

—La primera verdad —le contestó la oveja aún temblando— es que me gustaría no haberme encontrado contigo.

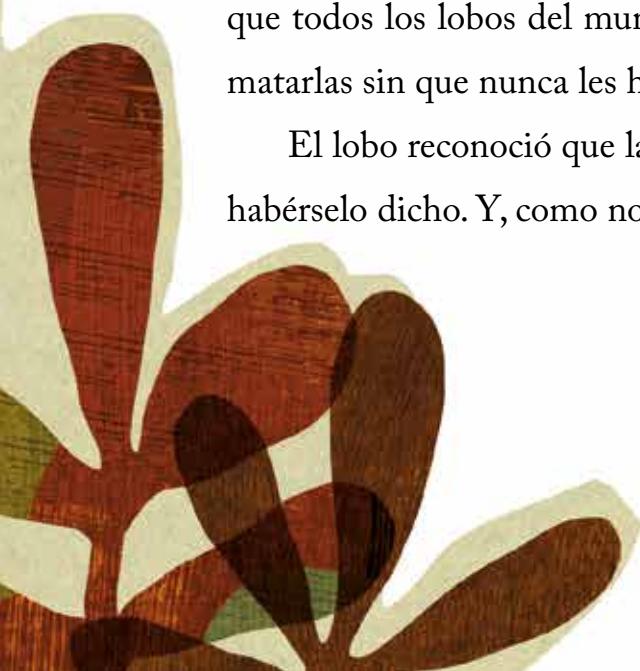
—¡Ajá! ¿Y la segunda?

—La segunda es que..., como ya te encontré, me gustaría que no tuvieras dientes o que fueras ciego.

—¿Y la tercera?

—La tercera —dijo con rabia la oveja—, ¡la tercera es que deseo que todos los lobos del mundo desaparezcan! Persiguen a las ovejas para matarlas sin que nunca les hayamos hecho nada malo.

El lobo reconoció que la oveja tenía razón y que era muy valiente por habérselo dicho. Y, como no estaba hambriento, la dejó ir.



El oro y las ratas

Anónimo, India

Había una vez un rico y prudente mercader que antes de hacer un largo viaje quiso tomar precauciones para asegurar su dinero. Así que le pidió a su mejor amigo que le guardara un cofre con monedas de oro, que era toda su fortuna.

Pasaron varios meses, el viajero volvió y lo primero que hizo fue ir a recuperar su tesoro. Pero le esperaba una gran sorpresa.

—¡Te tengo malas noticias! —le anunció su amigo—. Guardé tu cofre con las monedas de oro bajo siete llaves en el sótano de mi casa, sin saber que había ratas en ese lugar. ¿Te puedes imaginar lo que pasó?

—No. ¿Qué sucedió? —preguntó el mercader.

—Las ratas agujerearon el cofre y se comieron todas las monedas de oro. ¡Esos animales son capaces de comerse cualquier cosa!

—¡Qué desgracia! —se lamentó el mercader—. Estoy completamente arruinado, pero no te sientas culpable, ¡todo ha sido por causa de esa plaga de ratas!

Antes de marcharse, invitó a su amigo a comer en su casa al día siguiente, pero al salir y pasar por los establos, sin que nadie lo viera, se llevó el mejor caballo que encontró.

Al día siguiente, el invitado llegó con cara de disgusto.

—Disculpa mi mal humor —dijo—, pero estoy muy triste porque

desapareció mi mejor caballo. Lo busqué por todos lados y no lo encontré. Parece que se lo ha tragado la tierra.

—¿Eso es posible? —dijo el mercader, simulando inocencia—. ¿No se lo habrá llevado la lechuza?

—¿Por qué dices eso? —repuso el invitado.

—Anoche, a la luz de la luna, vi volar una lechuza llevando entre sus patas un hermoso caballo.

—¡Qué tontería! —dijo enojado el invitado—.

—Dónde se ha visto que un ave tan pequeña pueda volar cargando un animal que pesa cientos de kilos?

—En un pueblo donde las ratas comen oro, todo es posible —afirmó el mercader—. ¿Por qué te asombra que las lechuzas roben caballos?

El amigo, rojo de la pena, confesó que le había mentido. Así que devolvió las monedas de oro a su dueño y el caballo volvió a su establo.

Hubo disculpas y perdón. Y hubo un trámoso que supo lo que es caer en su propia trampa.



La ratoncita niña

León Tolstói, Rusia



Un hombre caminaba una mañana por la orilla de un río, cuando vio que un cuervo atrapaba a una ratoncita. El hombre le lanzó una piedra al cuervo, el cuervo soltó su presa y la ratoncita cayó al agua. El hombre rescató a la ratoncita del río y se la llevó a su casa.

Como no tenía hijos, pensó: “¡Ah! ¡Sería maravilloso si esta ratoncita se pudiera convertir en una niña!”. Y la ratoncita se convirtió en una niña.

Cuando la niña creció, el hombre le preguntó:

—¿Con quién quieres casarte?

—¡Con el más fuerte del mundo! —le respondió.

Así que el hombre se fue a la casa del Sol y le dijo:

—Señor Sol, mi niña quiere casarse con el más fuerte del mundo.

Como tú eres el más fuerte del mundo, cásate con ella.

—Yo no soy el más fuerte del mundo. Mira que el nubarrón puede tapar mi luz —respondió el Sol.

Entonces, el hombre fue en busca del nubarrón y le dijo:

—Señor nubarrón, tú eres el más fuerte del mundo. Cásate con mi hija.

—No, no soy el más fuerte. El viento me hace salir volando —le contestó el nubarrón.

El hombre se dirigió al viento y le dijo:

—Señor viento, tú eres el más fuerte del mundo. Cásate con mi niña.

—Yo no soy el más fuerte. El cerro me cierra el paso —alegó el viento.
El hombre fue a ver al cerro y le dijo:
—Señor cerro, cásate con mi hija. Tú eres el más fuerte del mundo.
—El ratón es más fuerte que yo porque me carcome las entrañas para construir su hogar.

Entonces el hombre partió en busca del ratón y le dijo:
—Señor ratón, tú eres el más fuerte del mundo. Cásate con mi hija.
El ratón aceptó y el hombre regresó a su casa. Al llegar, le dijo a la niña:

—El más fuerte del mundo es el ratón: él carcome las entrañas del cerro, el cerro le cierra el paso al viento, el viento hace huir al nubarrón y el nubarrón tapa la luz del Sol. Y el ratón quiere casarse contigo.

—¡Oh! ¿Qué voy a hacer? ¡No puedo casarme con un ratón! —contestó la niña.

—¡Ah, si mi niña pudiera volver a convertirse en ratoncita!
—exclamó el hombre acongojado.

Y la niña se transformó en ratoncita,
y la ratoncita, dichosa, se casó con el
ratón.



El zorro y el tigre

Anónimo, China



Una vez, un tigre hambriento salió de su madriguera en el bosque y atrapó un pequeño zorro para comérselo.

El zorro, que era muy ingenioso, le dijo al tigre, para que no lo matara:
—¿Tú sabes quién es el rey del Cielo? Pues el rey del Cielo me dijo que yo soy el jefe de todos los animales del bosque. Si me comes, el rey del Cielo se enojará y te castigará.

—¿Crees que soy tan tonto? Eso no es verdad —dijo el tigre—.
Demuéstramelo o te comeré.

—Sígueme y verás que los animales del bosque me tienen miedo, pues saben que yo soy su jefe —dijo el zorro.

El tigre y el zorro caminaron por el bosque y todos los animales huían al verlos. El tigre pensó que le tenían miedo al pequeño zorro, pero la verdad era que se asustaban con el tigre.

Así que el tigre no se comió al zorro. Y el zorro se fue muy contento.



Yudistira y el perro

Anónimo, India



En la antigua India vivió Yudistira, un rey justo y piadoso. Un día Yudistira, su esposa y sus hermanos decidieron ir a la gran cordillera de los Himalayas a buscar la entrada al cielo.

Se despidieron de su pueblo y partieron. En el camino Yudistira se encontró a un perro sin amo que lo siguió.

A causa de las dificultades del camino, sus hermanos y su esposa murieron por el agotamiento entre las nieves de las altas montañas, pero el perro siguió con él, fiel compañía en su última travesía.

Al llegar a la entrada del cielo, el dios Indra, el rey de los dioses hindúes, le exigió que dejara al perro para que pudiera acceder al más allá, pues los perros no entran al cielo.

Yudistira se negó respondiendo que el perro lo había acompañado durante el largo y difícil viaje, y le dijo que no entraría al cielo si no entraba el perro.

Indra le propuso que solo entrara el perro y Yudistira aceptó el trato. En ese momento el perro mostró su verdadero rostro, el del dios Dharma, padre de Yudistira, quien lo dejó entrar al cielo por haberse mostrado compasivo.



La hormiga y la mosca

Esopo, Grecia

Un día, una mosca y una hormiga se pusieron a discutir sobre cuál de las dos era mejor.

—Te pasas la vida trabajando y caminando por el suelo —dijo la mosca con vehemencia—. En cambio yo vuelo muy alto. ¿Acaso alguna vez has podido pasearte por la cabeza de un rey o una presidenta como yo lo he hecho millones de veces? ¿O por la cabeza de una escritora, un científico, una jueza, un ministro o una actriz? ¿O entre las orejas de los alcaldes de las ciudades más bonitas e importantes, o de las cantantes más famosas y atractivas? Eso tampoco lo has hecho, ¿verdad? Tampoco has probado los platos más suculentos que sirven en los restaurantes famosos o los festivales gastronómicos. ¡Pobre de ti!



La hormiga meditó las palabras de la mosca por un rato y luego le respondió:

—Es cierto que puedes entrar en grandes palacios y mansiones famosas, pero a todos fastidias y te espantan. Aunque te pasees por la cabeza de hombres y mujeres poderosos, de intelectuales y deportistas, también te posas en la basura y los desperdicios. De todas partes te echan, y, si te atrapan, te aplastan. El día menos pensado las pagarás todas juntas. Dicen que hay muchas maneras de matar moscas, y no es ninguna tontería; pronto lo descubrirás. No quiero perder más tiempo charlando contigo, porque debo seguir trabajando para mi comunidad.

Y la hormiga se marchó dejando a la mosca con la palabra en la boca.



El burro flautista

Tomás de Iriarte, España

Esta fabulita,
salga bien o mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar,
pasaba un borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

Se acercó a olerla
el dicho animal,
y dio un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.

—¡Oh! —dijo el borrico—,
¡qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
la música asnal?

Sin reglas del arte,
borriquitos hay
que una vez aciertan
por casualidad.



La rana y la gallina

Tomás de Iriarte, España

Desde su charco, una chismosa rana oyó cacarear a una gallina.

—¡Vaya! —le dijo—; no creyera, hermana, que fuieras tan incómoda vecina.

Y con toda esa bulla, ¿qué hay de nuevo?

—Nada, sino anunciar que pongo un huevo.

—¿Un huevo solo? ¡Y alborotas tanto!

—Un huevo solo, sí, señora mía.

—Te espantas de eso, cuando no me espanto de oírte cómo graznas noche y día?

Yo, porque sirvo de algo, lo publico;
tú, que de nada sirves, cierra el pico.



El roble y el leñador

Anónimo, México



En un bosque frondoso y profundo trabajaba un leñador, quien cada día recolectaba madera suficiente para llenar su carreta y venderla en el pueblo.

Una mañana se acercó a un majestuoso roble que se erguía en la mitad del bosque con la intención de tumbarlo. Afiló su hacha, y ya estaba a punto de dar el primer golpe cuando oyó una voz que salía de adentro del árbol:

—Detente, leñador, ¿qué te he hecho para que me quieras quitar la vida? ¿No sabes que soy un ser vivo, como tú?

—Necesito tu madera, pues yo la vendo para vivir —respondió el leñador.

—¿No tienes límite? ¿Y la madera de todos los árboles que ya cortaste?

—También necesito la tuya. Pero para que puedas seguir viviendo, solo te quitaré un brazo.

—Uno solo de mis brazos te dará muy poca madera. Cada día querrás venir por otro, y por otro, hasta que acabes conmigo. No me cortes.

—Necesito tu madera para poder vivir.

—Pero, hombre, ¿qué harías si en este momento apareciera un lobo y te dijera “Dame uno de tus brazos, tengo hambre”?

—Echaría a correr.

—¡Tonto! El lobo es más veloz que tú, perderías la carrera.



—Entonces me treparía a tus ramas.

—Y yo te salvaría gustoso. Además, no olvides que con mis ramas y mi follaje protejo la tierra y las aguas. Y sin mí el aire que respiras estaría contaminado y te enfermarías. ¿Ya ves cómo me necesitas?

El leñador se quedó pensativo y luego le respondió:

—Tienes toda la razón, roble. Perdóname por no haberme dado cuenta de los beneficios que me brindas. Adiós.

—Gracias, amigo. Que seas muy feliz —respondió el gran roble.



Otras riquezas

Anónimo, Colombia



Un día, un empresario de la ciudad decidió llevar a su hijo donde unos parientes que vivían en el campo. Quería que el niño valorara todo lo que él le daba. Al final del viaje, mientras conducían de regreso a la ciudad, el hombre quiso reflexionar con su hijo y le preguntó si entendía lo que significaba la palabra privilegio:

—Claro que sí, papá, y gracias por el viaje, porque pude comprender muy bien. Por ejemplo, nuestros familiares viven en un lugar silencioso y tranquilo, donde los arrullan los cantos de los pájaros, las chicharras y los grillos. El paisaje que se ve desde su casa es hacia los bosques y las montañas, y los amaneceres y los atardeceres son fantásticos. Además, tienen huerta y cultivos, y así saben que su comida es sana, fresca y cuidada con amor. Sus jardines con plantas y flores atraen insectos, aves, ranas y lagartijas, son muy divertidos y siempre hay algo qué observar en ellos. El aire es muy limpio y gracias a esto pueden ver a largas distancias y además respirar hondo y profundo. Salen a coger frutas en cualquier momento, se bañan en las quebradas, disfrutan de noches estrelladas y de las luces de las luciérnagas y, de cuando en cuando, se reúnen en las noches y se cuentan historias de todo tipo. Son muy privilegiados.

El padre permaneció en silencio pensando que las riquezas y los privilegios dependen de los ojos que los observan.

El molino mágico

Anónimo, Noruega



Hace muchos años, en el norte de Europa, vivían dos hermanos que eran pescadores. El mayor, Chiro, tenía un barco grande, redes nuevas, una bonita casa y era muy acaudalado. En cambio Jun, el menor, era pobre, su barco era pequeño, sus redes eran viejas y, por más que trabajaba, no conseguía lo suficiente para alimentar a su familia.

Una mañana, Jun salió a pescar en su pequeño barco. Después de un día completo en el mar, no pudo pescar nada. Por eso fue a casa de Chiro y le dijo:

—Hermano, he trabajado todo el día y no he pescado ni un solo pez. Por favor, dame un poco de pan para que mi familia pueda comer.

Chiro sacó a Jun de su casa y le gritó:

—¡Vete de aquí! Tienes que aprender a cuidar a los tuyos.

El pobre Jun iba cabizbajo para su casa cuando, en un recodo del camino, se encontró con un viejo de barba blanca. El anciano le dijo con voz dulce:

—Jun, tú eres un buen hombre, por eso he venido a ayudarte. Quiero regalarte este molino mágico.

—¿Y para qué sirve este molino? —preguntó Jun.

—Si giras la manivela a la derecha, puedes pedir un deseo. Cuando quieras que el molino se detenga, debes decirle: “Gracias, molino, ya

tengo suficiente". Luego giras la manivela hacia la izquierda y asunto terminado. Lo único que te pido es que no le cuentes a nadie para qué sirve ni cómo funciona el molino.

El joven pescador le agradeció al viejo el regalo que le había entregado y fue corriendo con su familia para compartir con ellos su nueva fortuna.

A partir de entonces, la vida de Jun cambió. Lo primero que le pidió al molino fue que le moliera una casa nueva. Luego pidió una barca grande, redes nuevas, abundante comida y mucho dinero.

El joven pescador se hizo rico y, como tenía buen corazón, ayudó a todos los pescadores vecinos.

Cuando Chiro se enteró de la riqueza de su hermano, se llenó de envidia y decidió ir a visitarlo:

—Querido hermano, ¿cómo has conseguido tanto dinero? —le preguntó al verlo.

Jun, que recordaba lo que le había dicho el anciano, no le contestó. Así que desde ese día Chiro comenzó a espiarlo para descubrir su secreto.

Una noche vio a Jun, a través de la ventana, justo cuando tomaba el molino y le decía:

—Molino, muéleme un poco de dinero. Quiero repartirlo entre los pescadores que perdieron sus embarcaciones en la tormenta.

El ambicioso de Chiro esperó que su hermano saliera de casa, entró y robó el molino. Luego tomó su embarcación y decidió partir a tierras lejanas para evitar que su hermano lo atrapara.

Pasaron muchos días de travesía y, una noche, una tormenta se llevó parte del equipaje y toda la sal. Así que a la mañana siguiente, cuando Chiro fue a desayunar, notó que a la comida le faltaba sabor. Por eso, sacó el molino que tenía escondido y giró la manivela a la derecha mientras decía:

—Molino, muéleme sal.

El molino comenzó a hacer lo que le habían pedido. Cuando ya tuvo bastante sal, Chiro exclamó:

—Deja de moler, ya tengo suficiente.

Pero el molino seguía moliendo y moliendo. Chiro no sabía que debía girar la manivela hacia la izquierda para detenerlo.

—¡Deja ya de moler sal, maldito molino! —gritaba desesperado.

Pero el molino molía y molía. Primero se llenó de sal el camarote y luego la cubierta. Por último, el barco no pudo soportar tanto peso y se hundió. Y como nadie giraba la manivela hacia la izquierda, el molino siguió moliendo sal.

Es por esto, dicen en el norte de Europa, que el agua del mar es salada.



La avispa jueza

Fedro, Italia

En el tronco hueco de un roble del bosque, las abejas construyeron un panal. Y los zánganos, que se habían pasado la vida sin hacer nada, al verlo lleno de miel, decidieron apoderarse de él.

Entonces, entre las abejas y los zánganos se entabló una disputa, y apelaron a una avispa de mucha experiencia para que actuase como jueza.

—Nosotros somos los que hemos recogido esa miel volando de flor en flor. Las abejas deben devolvernos ese panal —afirmaron los zánganos.

—No hay gran diferencia física entre abejas y zánganos —contestó la avispa—. Por lo tanto, es difícil saber quiénes tienen la razón. Pero, en mi calidad de jueza, tengo un deber que cumplir y no quisiera pronunciar una sentencia equivocada. Así pues, cada uno de los grupos en litigio debe construir una colmena y llenarla de miel. Aquel de los dos grupos que construya el panal más parecido al que está en el roble y cuya miel tenga el mismo sabor que la que hay allí será el dueño verdadero.

Los zánganos rechazaron esa proposición, pero las abejas se mostraron muy contentas.

Entonces, la avispa dijo:

—¡El caso está resuelto! Está bien claro quiénes son capaces de producir miel y quiénes no lo son. ¡Abejas, ya pueden volver a tomar posesión de lo que es suyo! ¡Gocen del dulce fruto de su trabajo!

Los sueños del sapo

Javier Villaña, Argentina

Una tarde, un sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy un árbol.

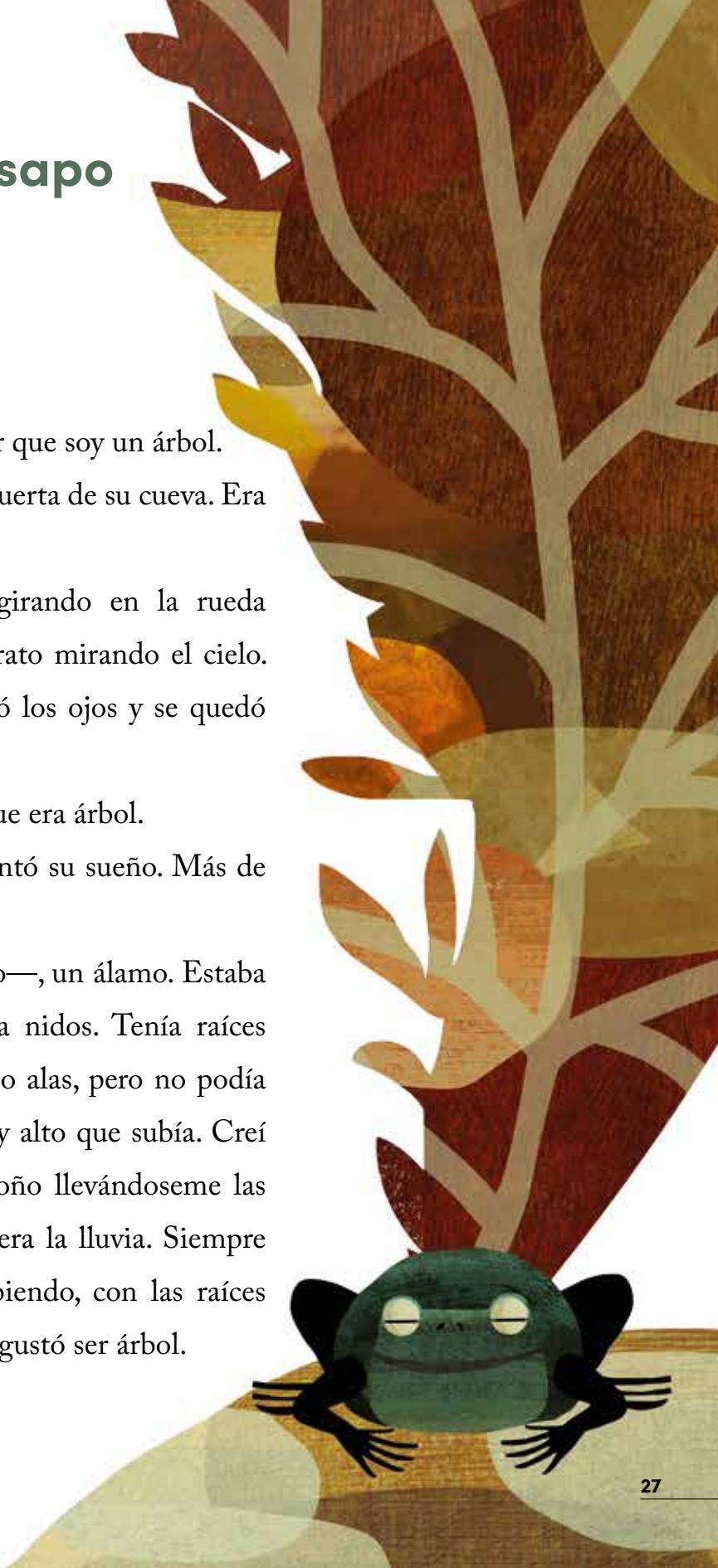
Y dando saltos llegó a la puerta de su cueva. Era feliz; iba a ser árbol esa noche.

Todavía andaba el Sol girando en la rueda del molino. Estuvo un largo rato mirando el cielo. Después bajó a la cueva, cerró los ojos y se quedó dormido.

Esa noche, el sapo soñó que era árbol.

A la mañana siguiente contó su sueño. Más de cien sapos lo escuchaban.

—Anoche fui árbol —dijo—, un álamo. Estaba cerca de unos paraísos. Tenía nidos. Tenía raíces hondas y muchos brazos como alas, pero no podía volar. Era un tronco delgado y alto que subía. Creí que caminaba, pero era el otoño llevándoseme las hojas. Creí que lloraba, pero era la lluvia. Siempre estaba en el mismo sitio, subiendo, con las raíces sedientas y profundas. No me gustó ser árbol.



El sapo se fue, llegó a la huerta y se quedó descansando debajo de una hoja de acelga.

Esa tarde, el sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy río.

Al día siguiente contó su sueño. Más de doscientos sapos formaron rueda para oírlo.

—Fui río anoche —dijo—. A ambos lados, lejos, tenía las riberas. No podía escucharme. Iba llevando barcos. Los llevaba y los traía. Eran siempre los mismos pañuelos en el puerto. La misma prisa por partir, la misma prisa por llegar. Descubrí que los barcos llevan a los que se quedan. Descubrí también que el río es agua que está quieta, es la espuma que anda; y que el río está siempre callado, es un largo silencio que busca las orillas, la tierra, para descansar. Su música cabe en las manos de un niño; sube y baja por las espirales de un caracol. Fue una lástima. No vi una sola sirena; siempre vi peces, nada más que peces. No me gustó ser río.

Y el sapo se fue. Volvió a la huerta y descansó entre cuatro palitos que señalaban los límites del perejil.

Esa tarde, el sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy caballo.

Y al día siguiente contó su sueño. Más de trescientos sapos lo escucharon. Algunos vinieron desde muy lejos para oírlo.

—Fui caballo anoche —dijo—. Un hermoso caballo. Tenía riendas. Iba llevando un hombre que huía. Iba por un camino largo. Crucé un puente y un pantano; toda la pampa bajo el látigo. Oía latir el corazón del

hombre que me castigaba. Bebí en un arroyo. Vi mis ojos de caballo en el agua. Me ataron a un poste. Después vi una estrella grande en el cielo; después el Sol; después un pájaro se posó sobre mi lomo. No me gustó ser caballo.

Otra noche soñó que era viento. Y al día siguiente dijo:

—No me gustó ser viento.

Soñó que era luciérnaga y dijo al día siguiente:

—No me gustó ser luciérnaga.

Después soñó que era nube y dijo:

—No me gustó ser nube.

Una mañana los sapos lo vieron muy feliz a la orilla del agua.

—¿Por qué estás tan contento? —le preguntaron.

Y el sapo respondió:

—Anoche tuve un sueño maravilloso. Soñé que era sapo.



El plato de madera

Hermanos Grimm, Alemania

Erase una vez una familia formada por una pareja, su hijo de nueve años y el abuelo.

El abuelo era anciano y había pasado toda la vida en el campo, trabajando de sol a sol con sus manos. Pero tanto y tan prolongado esfuerzo le había ocasionado una dolencia: sus manos temblaban como las hojas de un árbol bajo el viento.

A pesar de sus esfuerzos, a menudo los objetos se le caían de las manos y se hacían añicos al dar contra el suelo. Y durante las comidas no lograba llevarse la cuchara a la boca, por lo que su contenido se derramaba sobre el mantel. Para evitarlo, procuraba acercarse el plato, pero este solía terminar hecho pedazos sobre las baldosas del comedor. Esto lo hacía sentir muy mal y pedía disculpas cuando le ocurrían tales contratiempos.

La madre limpiaba rápidamente y disimulaba tanto como le era posible para no avergonzarlo.

—No te preocupes, papá. Esto le puede ocurrir a cualquiera —le decía mientras le acariciaba suavemente las manos. Y luego recogía los pedazos del suelo tan discretamente como podía.

Pero el esposo de la mujer no tenía los mismos sentimientos. Estaba muy molesto por los temblores del abuelo. Así que una noche tomó una decisión que sorprendió y contrarió al resto de la familia: el abuelo debía



comer en un rincón, lejos de la mesa del comedor, y usaría un plato de madera; de esta forma no mancharía los manteles ni rompería la vajilla.

Desde ese día, el abuelo comía en un rincón del comedor con su plato de madera. Movía suavemente la cabeza con resignación y de vez en cuando se enjugaba las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

Una tarde, después de varios días, cuando el yerno volvió a su casa, encontró a su hijo enfrascado en una misteriosa tarea: el chico trabajaba afanosamente un pedazo de madera con un cuchillo de cocina. Iba sacando virutas con mucho cuidado como un hábil carpintero. El padre lo observó unos instantes y, lleno de curiosidad, le preguntó:

—¿Qué estás haciendo, hijo? ¿Es una tarea que te han mandado en la escuela?

—No, papá —respondió el niño.

—¿Es un regalo para mamá? —insistió el padre.

—Tampoco es un regalo —contestó el chico sin levantar los ojos.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Papá, te estoy haciendo un plato de madera para cuando tú seas viejo y te tiemblen las manos.

Y así fue como el hombre aprendió la lección y, desde entonces, el anciano volvió a sentarse a la mesa con toda la familia.

El perro y el pedazo de carne

Félix María de Samaniego, España

Un día, un perro que se creía muy avisado robó de la carnicería del pueblo un gran pedazo de carne. Luego corrió rápidamente y se alejó lo más que pudo para poder comérselo con tranquilidad.

Y cuando iba cruzando un puente sobre un profundo y tranquilo río, miró hacia abajo y vio reflejada su imagen en el agua.

“Ese perro que está allá abajo también tiene un trozo de carne. Y su trozo parece ser más grande que el mío. Además, ese perro tiene cara de bobo. Lo voy a asustar y me quedaré con los dos trozos de carne. ¡Qué listo soy!”, pensó.

Pero al abrir el hocico para ladrar, el pedazo de carne cayó al río, se hundió en el agua y desapareció.



Un buey llamado Hermoso

Anónimo, Bután

En Timbu, la capital de Bután, hace muchos siglos nació un tierno becerro. Le pertenecía a Amir, un hombre rico que lo llamó Hermoso. Amir lo cuidaba con mucho esmero y lo alimentaba con lo mejor.

Cuando Hermoso se convirtió en un buey grande y fuerte, pensaba con gratitud: “Mi amo me dio todo. Me gustaría agradecer su ayuda”.

Así que un día le propuso:

—Mi señor, busca a algún ganadero orgulloso de sus animales y dile que yo puedo tirar de cien carros cargados.

Amir aceptó y visitó a un mercader, con el que apostó mil monedas de oro.

El día de la prueba, el mercader le amarró al buey cien carros llenos de arena para que fueran más pesados.

Amir se subió al primero y no resistió el deseo de darse importancia ante quienes lo veían. Entonces hizo sonar su látigo y le gritó a Hermoso:

—Avanza, animal tonto.

Hermoso pensó: “Nunca he hecho nada malo y mi amo me insulta”. Así que permaneció en el lugar que estaba sin moverse y se resistió a tirar.

El mercader sonrió y pidió el pago de las monedas.

Cuando volvieron a casa, Hermoso le preguntó a Amir:

—¿Por qué estás tan triste?

—Perdí mucho dinero por ti.

—Me pegaste con el látigo y me llamaste tonto. ¿Por qué? ¿Alguna vez te he hecho daño? —preguntó Hermoso.

—No —respondió el amo.

—Entonces, ¿por qué me ofendiste? La culpa no es mía, es toda tuya... Pero como me da pena verte así, vuelve con el mercader y apuesta de nuevo: que esta vez sean dos mil monedas. Eso sí, solo usa conmigo las palabras que merezco.

Amir volvió a donde el mercader y le propuso una nueva apuesta. Este la aceptó pensando que volvería a ganar.

Al día siguiente, todo estuvo listo para la nueva prueba. Cuando llegó el momento en el que Hermoso debía tirar de los carros, Amir le tocó la cabeza con una flor de loto y le dijo:

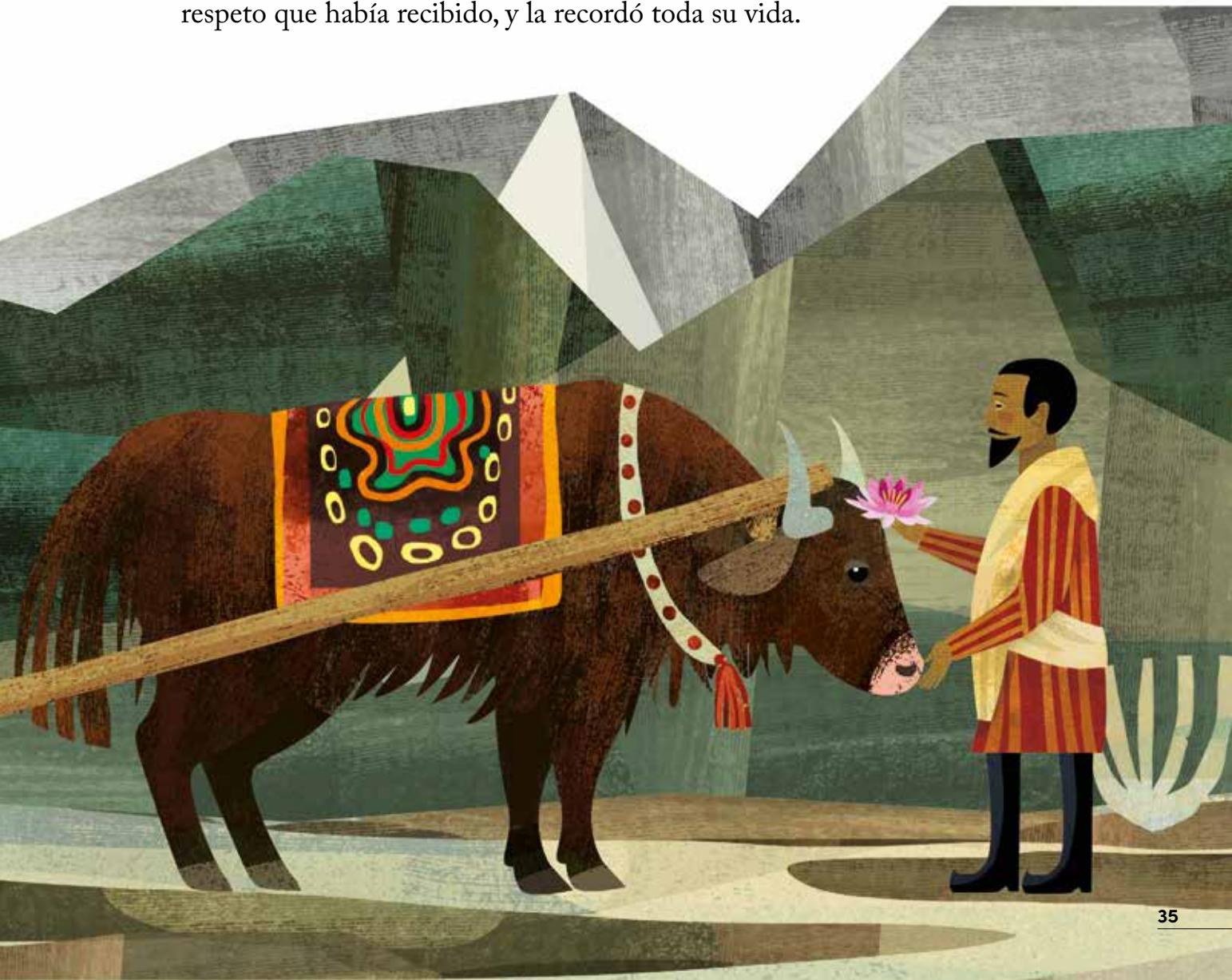


—Hermoso, ¿podrías hacerme el favor de jalar estos cien carros?

Hermoso obedeció de inmediato y con gran facilidad los arrastró, como si estuvieran cargados de plumas.

El mercader, sorprendido por lo que acababa de pasar, pagó las dos mil monedas de oro, y quienes presenciaron la sorprendente proeza de Hermoso llenaron al buey de mimos y obsequios.

Amir, mucho más que el dinero, apreció la lección de humildad y respeto que había recibido, y la recordó toda su vida.



La tortuga blanca

Anónimo, China

Mao Pao era un joven chino de apenas quince años. Sin embargo, ya se había preparado para ser un guerrero y vestía el elegante uniforme que le correspondía por ser un soldado del emperador.

Una tarde, después de un arduo entrenamiento, fue a refrescarse en las aguas del río Amarillo. Entonces, se quitó su uniforme y se echó a nadar. Unos metros más adelante vio a un pescador.

—¿Qué haces por estas aguas? —le preguntó.

—Vengo a buscar algo que pueda vender en el mercado —respondió el pescador.

De repente, el pescador se echó al río para atrapar un animal con las manos. Cuando las sacó, Mao Pao vio a una pequeña tortuga blanca.

—¡La atrapé! ¡En el mercado todos querrán comprarla para hacer una buena sopa! —exclamó aquel hombre.

El joven guerrero se acercó y se conmovió al ver los ojos diminutos de la tortuga, que apenas tenía el tamaño de su mano.



—Déjala ir —le pidió al pescador.

—No. Necesito el dinero —respondió este.

—Te propongo algo. Dámela y llévate mi uniforme, que está tendido en aquella orilla. Como está nuevo, puedes venderlo bien. Solo déjame algo para cubrirme.

El pescador aceptó la propuesta, por lo que le entregó la tortuga y se llevó la ropa.

Mao Pao salió del agua y se puso una larga camisa, la única prenda que el pescador le había dejado. Se llevó consigo a la tortuga, temiendo que, si la dejaba cerca de aquel lugar, el pescador regresaría por ella. En el camino la soltó aguas arriba, en un lugar lejano, y la tortuga se fue nadando poco a poco.



Pasaron más de cincuenta años y Mao Pao llegó a ser general. Su país vivía una época de luchas y enfrentamientos por el poder.

Una tarde, tras perder una batalla, se quedó solo, en medio de un valle, abandonado por sus hombres. Así que corrió y corrió para salvar su vida.

De repente llegó al río Amarillo. Se dio cuenta de que, si cruzaba a la otra orilla, estaría a buen resguardo. Pero era una empresa imposible, pues estaban en la época de lluvias y el caudal había crecido más que nunca.

Los hombres del general Tigre de Piedra, su enemigo, se acercaban rápidamente y estaban a punto de atraparlo. Mao Pao, en la orilla del río y muy angustiado, vio acercarse un enorme caparazón blanco, casi de su mismo tamaño. Luego se asomó la cabeza de una gran tortuga y el general reconoció los mismos ojos inocentes de la que él había salvado años atrás.

Sin pensarlo, se subió a ella y se agarró fuertemente de su caparazón. La tortuga, acostumbrada a las crecidas del río, no tardó en llevarlo al otro lado, donde lo dejó sano y salvo.

Cada uno siguió su camino, aunque algunos dicen que volvieron a encontrarse.



La paloma de la paz

Anónimo, Azerbaiyán



Hace miles de años hubo dos príncipes enemigos que constantemente se amenazaban aprovechando cualquier pretexto.

Uno de ellos, el más joven, decidió declararle la guerra a su adversario y les ordenó a sus súbditos que se prepararan para la lucha. El otro príncipe, ni corto ni perezoso, aceptó el desafío.

Sin embargo, como habían pasado varios años desde la última batalla, el joven príncipe no recordaba dónde estaban guardadas su armadura y sus armas. Así que le pidió a su madre que le ayudara a buscarlas. Esa tarde, la señora regresó con su armadura y su espada.

—¿Y dónde está mi yelmo? —le reclamó el joven príncipe a su madre.

—No pude traerlo, está siendo usado por otros —contestó ella.

—¿Quién se atreve a usar mi yelmo? Yo mismo iré por él —vociferó el joven príncipe.

—No, por favor, no lo toques —rogó la madre mientras le impedía el paso.

—¿Cómo piensas que puedo ir a la guerra sin yelmo? —preguntó él.

—Mira, hijo, dentro de tu yelmo, que estaba en el patio trasero, una paloma hizo su nido. Y acaban de salir de sus huevos tres pequeñas crías. Las palomas son aves que nunca le hacen daño a nadie. ¿Cómo podrías destruir su nido? Eso traería desgracias a nuestro país.

El joven príncipe no quería discutir con su madre y se presentó al combate sin yelmo. Al verlo, el príncipe enemigo quedó sorprendido.

—¿Cómo se te ocurre venir a la guerra sin casco?

—Mi madre descubrió que en mi yelmo viven una paloma y sus polluelos. No quisimos hacerles daño.

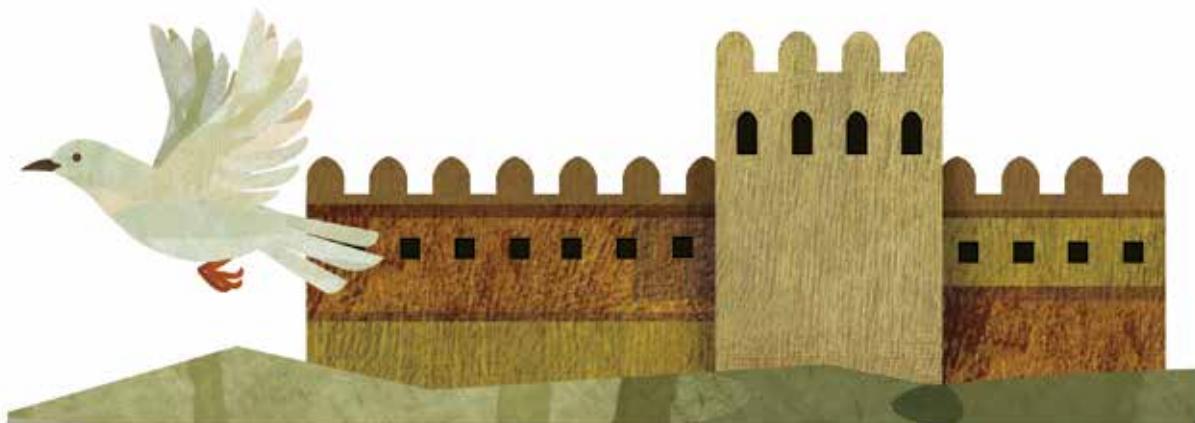
El príncipe enemigo no podía creer lo que escuchaba, así que le pidió a uno de sus hombres que comprobara si la historia era cierta. Este fue hasta el castillo del joven príncipe y volvió lo más rápido que pudo.

—Pues sí. Dentro del yelmo hay tres palomas muy pequeñas con su madre. Se me hace que apenas ayer rompieron el cascarón —confirmó el enviado.

Entonces, el príncipe enemigo le tendió la mano a su contrincante.

—Hagamos la paz para siempre. Tu madre no quiso destruir el nido de la paloma y sus polluelos, ¿cómo podemos tú y yo querer destruir los hogares de miles de personas?

Desde aquel día, los dos príncipes fueron amigos y la paloma se convirtió en símbolo de la paz.



Ping, el jardinero

Anónimo, China



Hace muchos años, un niño llamado Ping vivió en la China. Su pasatiempo favorito era el cuidado de las plantas. Gracias a su dedicación, alrededor de su casa habían crecido cientos de hermosas flores. Era tan bello su jardín que la gente que pasaba se detenía a admirarlo.

El emperador de China también amaba las flores, pues pensaba que estas expresaban las cualidades de quien las cultivaba. Él era muy viejo y no tenía heredero, por lo que estaba buscando a una persona honesta que pudiera sucederlo en el trono.

Para encontrar a su sucesor se le ocurrió hacer un concurso. Convocó a todos los niños del reino y les informó que recibirían una semilla. El que volviera al cabo de un año con la flor más hermosa y cuidada heredaría el trono. Ping acudió por su semilla y al llegar a su casa la plantó en una mata. Luego la puso en el mejor lugar del jardín, donde recibía la luz del sol, y la regó todas las mañanas. Pero para su sorpresa, a pesar de los grandes cuidados, la semilla nunca germinó.

Transcurrió el año del concurso, cientos de niños se presentaron en el palacio del emperador con sus plantas. En la fila se podía apreciar un brillante colorido, pues todas las flores eran diferentes.

Cuando Ping vio las flores ajenas, lloró al ver que su maceta solo tenía tierra, y sintió que había fracasado.

En el gran patio, los niños se formaron orgullosos para exhibir sus logros. El viejo emperador, que caminaba con dificultad, veía una por una las flores y las plantas. Apreciaba sus colores e inhalaba su perfume sin hacer comentarios a ninguno de los participantes.

Cuando llegó frente a Ping, el niño se asustó mucho, pues pensó que el emperador lo regañaría porque no llevaba ninguna planta.

—¿Acaso no sembraste la semilla que te di? —le preguntó intrigado el viejo emperador.

—Claro que la sembré, pero, por más cuidados que tuve, nunca brotó una planta —explicó el pequeño Ping.

El emperador siguió examinando las flores de los demás niños. Al cabo de un rato informó que había tomado una decisión.

—Queridos niños, no comprendo de dónde salieron todas las maravillosas flores que he visto en sus materas. Les informo que las semillas que les di hace un año estaban hervidas y no podían germinar. Ping es el único honesto entre todos ustedes, pues tuvo el valor de traer la mata sin planta alguna. He decidido heredarle mi reino.



Baula y Tufik

Anónimo, Nepal



En una región de Nepal vivía Baula, una vaca cuyo dueño le permitía pasear sola por la selva, pues siempre regresaba a casa. Baula disfrutaba de la Naturaleza, comía hierbas, bebía agua en un arroyo y volvía después de una hora porque acababa de tener un becerrillo, al que amamantaba varias veces al día. Durante un paseo se encontró con Tufik, un feroz tigre de Bengala que estaba listo para atacarla.

—No lo hagas, debo volver a casa. Déjame explicarte —rogó Baula.

—Te doy un minuto —respondió Tufik hambriento.

—No me devores hoy, pues hace tres días parí un becerrito y tengo que darle de comer. Además, mi amo siempre ha confiado en mí, y si no regreso, supondrá que lo defraudé.

—¿Crees que voy a dejarte ir? La ley de los tigres es “devora primero, averigua después” —rugió Tufik.

—Yo respeto mis promesas. Si me dejas ir para darle de comer a mi pequeño hasta que sea más fuerte y pueda explicarle a mi amo por qué no podré volver, regresaré a este lugar en una semana —ofreció Baula.

—Está bien —respondió el desconfiado felino—, pero, si no cumples, sé dónde vives e iré por ti —la amenazó.

Cuando llegó a casa, Baula le explicó a su dueño lo que había ocurrido. Este le propuso cazar a Tufik, pero ella se resistió:

—No puedo traicionar mi palabra.

Pasada la semana, a la hora pactada, la vaca partió para encontrarse con el tigre. Al verla alejarse, su becerillo corrió tras ella. Cuando llegaron al lugar convenido, se encontraron con el poderoso felino, que estaba acompañado de otros tigres igual de grandes.

—He sido puntual —dijo Baula.

Los tigres que acompañaban a Tufik comenzaron a rugir y le dijeron:

—No podemos creer la paciencia que has tenido con esa vaca. Recuerda nuestra ley: “Devora primero, averigua después”.

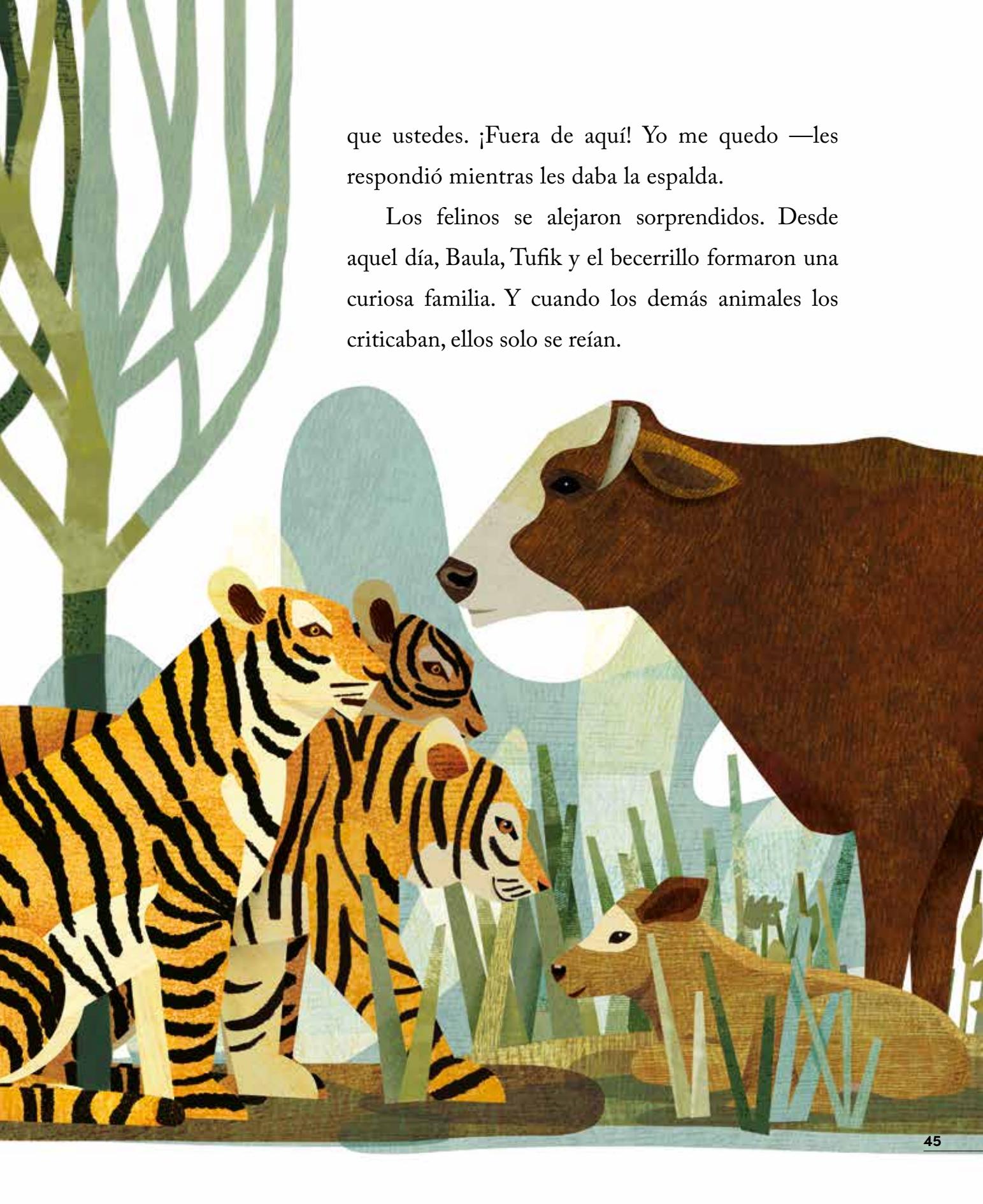
Pero Tufik no estaba convencido de atacar a Baula. Al verlo tan pensativo, los tigres volvieron a hablar:

—Si no la devoras ahora, no podrás vivir con nosotros —lo amenazaron.

Tufik avanzó lentamente hacia Baula, abrió su poderoso hocico, sacó la lengua y lamió cariñosamente al becerillo.

—Aunque no pueda volver a estar con ustedes, prefiero olvidar esa tonta ley y respetar a esta vaca que me ha dado más muestras de nobleza



A vibrant, stylized illustration of three animals in a jungle environment. On the left, a tiger with distinct black stripes on its orange-yellow body is shown from behind, looking towards the center. In the middle ground, a brown cow with large white patches on its face and legs stands facing right. To the right, a small deer with a light brown coat and dark spots on its ears and tail is also facing right. The background features stylized green trees and bushes, with a large blue shape resembling a leaf or a stylized mountain peak behind the tiger.

que ustedes. ¡Fuera de aquí! Yo me quedo —les respondió mientras les daba la espalda.

Los felinos se alejaron sorprendidos. Desde aquel día, Baula, Tufik y el becerrillo formaron una curiosa familia. Y cuando los demás animales los criticaban, ellos solo se reían.

Las mazorcas doradas

Anónimo, India

Cada año, en una lejana ciudad de la India, se celebraba un concurso para premiar al agricultor que cultivara las mejores mazorcas de todo el valle. Cientos de campesinos se preparaban para lograrlo, pues quien ganaba vendía toda su cosecha a la ciudad.

Algunos pensaban que la clave era la tierra donde se sembraba y otros creían que se trataba de utilizar misteriosos fertilizantes, pero ninguno compartía sus secretos. Sin embargo, los resultados de sus esfuerzos no eran tan buenos: las mazorcas resultaban pálidas, pequeñas o secas.

Llegó el día del concurso y se presentaron varios agricultores. A todos les sorprendió la participación de un joven campesino, Avediz, a quien nadie conocía. Y lo que más les llamó la atención fue el bulto de mazorcas que llevaba consigo, pues eran grandes, con granos jugosos y dorados: el maíz ideal con el que todos habían soñado.

Al hacer su evaluación, el jurado no dudó en reconocer que las mazorcas de Avediz eran las mejores y le otorgaron el primer premio, que consistía en una medalla y un diploma. Pero lo más importante era que tanto las autoridades de la ciudad como las de los pueblos del valle se comprometían a comprar solo las mazorcas de Avediz.

Cuando Avediz fue llamado al frente para recibir el premio, se acercó cargando un pesado costal. Mientras tanto, los demás agricultores pensaban con preocupación qué harían con su maíz de baja calidad y dónde lo podrían comercializar. La voz de Avediz los sacó de sus reflexiones.



—Por favor, todos formen una fila —les solicitó.

Los campesinos creyeron que Avediz les mostraría la calidad de sus mazorcas y solo algunos se acercaron. Cuando la fila tenía unas diez o doce personas, Avediz metió la mano al costal y comenzó a sacar pequeñas bolsas que entregaba a cada uno. En ellas había varias semillas del maíz que él había cultivado.

Uno de los miembros del jurado se acercó intrigado y le preguntó:

—¿Te has vuelto loco? Si les das esas semillas, todos tendrán un maíz igual al tuyo y perderás un gran negocio.

Avediz le contestó:

—La calidad del maíz depende del polen que el viento y los insectos llevan de un lado al otro. Como todos nuestros maizales están en el mismo valle, es muy posible que en mi plantío pronto crezca el maíz de baja calidad que todos cultivan. En cambio, si yo les doy estas semillas, todos tendrán una excelente cosecha y la mía no perderá calidad. En otras palabras, yo solo puedo estar bien si todos estamos bien.

Pasó el tiempo y el valle cobró fama por su excelente maíz y la generosidad de sus habitantes.



El lobo y el zorro

Hermanos Grimm, Alemania



En el bosque vivían un lobo y un zorro que eran amigos, aunque el zorro estaba cansado del lobo porque este abusaba de su tamaño y lo amenazaba.

Una tarde dijo el lobo:

—Zorro, búscame algo de comer, o si no te como a ti.

—Conozco una granja donde hay unos cuantos corderitos. Si quieres, podemos ir a atrapar a uno de ellos —contestó el zorro.

Al lobo le pareció bien la idea. Así que fueron a la granja y el zorro robó un corderito, que le entregó al lobo y luego se marchó.

El lobo devoró al corderito, pero, no contento con eso, quiso otro más y fue a cogerlo. Sin embargo, lo hizo de una forma tan torpe que la oveja madre del corderito empezó a balar de tal manera que los campesinos acudieron corriendo. Al encontrar al lobo, le dieron tal tunda que este llegó junto al zorro aullando y cojeando.

—¡Ay, ay! —exclamó—. Quería comerme otro cordero, pero los campesinos me atraparon y me dieron una buena paliza.

—Eso te pasa por ser tan glotón —contestó el zorro.

Al día siguiente, mientras paseaban por el campo, el insaciable lobo volvió a decir:

—Zorro, búscame algo de comer, o si no te como a ti.

—Sé de una casa de campesinos en la que la mujer hace unas tortas deliciosas. Vamos y cogemos unas cuantas —dijo el zorro.

Fueron allí y el zorro se deslizó por los alrededores de la casa, miró y olfateó hasta que pudo entrar en la cocina, de donde sacó seis tortas y se las llevó al lobo.

—Ahí tienes para comer —le dijo y siguió su camino.

El lobo se tragó las tortas en un santiamén y exclamó:

—Todavía tengo hambre.

Así que volvió a la casa de la campesina y saltó de tal manera sobre las tortas que rompió la mesa de la cocina e hizo un ruido tan espantoso que llamó la atención de la mujer. Al ver al lobo, la mujer avisó a todos los trabajadores de la finca, quienes acudieron y lo golpearon sin piedad, por lo que este llegó al bosque, junto al zorro, aullando y cojeando de dos patas.

—La mujer y los trabajadores de la finca me atraparon y me dieron una paliza tremenda.

—Eso te pasa por ser tan glotón —contestó el zorro.

Al tercer día, cuando paseaban por el bosque y el lobo andaba renqueando, este volvió a decir:

—Zorro, búscame algo de comer, o si no te como a ti.

—Sé de un hombre que tiene mucha carne salada en la bodega de su almacén. Vamos, te llevaré —le dijo el zorro.

—Sí, pero quiero que no me dejes solo, para que me ayudes por si me quieren atrapar.



—Como quieras —respondió el zorro.

Y el zorro le mostró al lobo adolorido los rodeos y caminos por los que llegaron finalmente al almacén.

Allí, en la bodega, había tanta carne salada que el lobo se puso feliz y empezó a comer pensando que tenía el tiempo necesario para devorarla toda.

El zorro se afanó al ver la voracidad del lobo. Vigilaba por las ventanas y se asomaba por el agujero que habían usado para entrar, comprobando que nadie viniera.

—Dime, querido zorro, ¿por qué corres de un lado a otro y saltas adentro y afuera? —preguntó el lobo.

—Tengo que ver si viene alguien —dijo el astuto zorro—. Y, por favor, no comas tanto.

—No me iré hasta que no haya acabado con toda la carne —respondió el lobo.

Mientras tanto, el dueño del almacén, que había oído el ruido de los saltos del zorro, llegó a la bodega. El zorro, cuando lo vio, salió por el agujero. El lobo quiso seguirlo, pero, como había comido tanto, no pudo pasar y se quedó allí atrapado. Entonces, el hombre sacó su escopeta y lo mató.

El zorro se dirigió saltando al bosque, aliviado de verse libre del lobo insaciable.



La pequeña luciérnaga

Anónimo, Tailandia

Había una vez una familia de luciérnagas que vivía en el interior del tronco de un altísimo, antiguo y hermoso árbol. Cada día, apenas se ocultaba el sol y llegaba la noche, cuando solo se escuchaba el sonido de un riachuelo cercano, la familia de luciérnagas salía del tronco para llenar la oscuridad de fulgores. Jugaban a dibujar figuras con sus destellos y bailaban en el aire para crear un sinfín de centelleos luminosos, más bellos y asombrosos que los de un espectáculo de fuegos artificiales.

Pero entre todas las luciérnagas que habitaban en el árbol, había una muy pequeñita que nunca quería salir en la noche.

—No, no, hoy tampoco voy a salir a volar —decía la pequeña luciérnaga—. Salgan ustedes, que yo me quedo en casita.

Sus abuelos, padres, tíos, hermanos y primos esperaban con ansiedad que llegara la noche para salir de casa y brillar en la oscuridad. La pasaban tan bien que no entendían por qué la pequeña luciérnaga no los acompañaba nunca. Le insistían para que saliera con ellos a brillar en la noche y a volar por todas partes, pero no había forma de convencerla. La pequeña luciérnaga siempre se negaba.

—¡No quiero salir a volar! —repetía siempre—.
¡No insistan más, por favor!

Toda la familia de luciérnagas estaba muy preocupada por la actitud de la pequeña.

—Tenemos que hacer algo con esta luciérnaga —decía su madre muy inquieta—. Es bastante raro que no quiera salir nunca de casa.

—No te alteres, querida —respondía su esposo intentando calmarla—. Cuando menos pienses, todo se arreglará y un día de estos saldrá a volar con nosotros.

Pero pasaba el tiempo y la pequeña luciérnaga seguía encerrada sin salir de casa.

Una noche, cuando todas las luciérnagas salían a volar, la abuela se quedó en casa y le preguntó a la pequeña con toda la delicadeza del mundo:





—¿Qué te sucede, mi pequeña luciérnaga? ¿Por qué no quieres salir de casa? ¿Cuál es la razón por la que no quieres volar e iluminar la noche con nosotros?

—No me gusta volar y menos brillar en la noche —respondió la pequeña luciérnaga.

—Pero ¿por qué no te gusta volar ni mostrar tu luz? —insistió la abuela.

—Pues..., es que nunca podré alumbrar como la Luna. Ella es grande y brillante, y yo a su lado soy insignificante. Soy tan pequeñita que mi luz se ve como una minúscula y ridícula chispita. Por eso no quiero salir de casa y volar, nunca brillaré como la Luna —explicó por fin la pequeña luciérnaga.

La abuela escuchó con atención las razones que le dio su nieta y le dijo sonriendo:

—¡Mi niña!, hay una cosa de la Luna que, por lo visto, desconoces. Y lo sabrías si salieras de casa de vez en cuando. Pero como no lo haces, pues, claro, no lo sabes.

—¿Y qué es lo que debería saber de la Luna, abuela? —preguntó la pequeña luciérnaga llena de curiosidad.

—Pues que la Luna no alumbría con la misma luz todas las noches —respondió la abuela—. Cambia

todos los días. Hay noches en que está llena, redonda como un balón, brillando desde lo más alto del cielo. Y hay otras noches en que su brillo desaparece y deja al mundo en la más profunda oscuridad.

—¿De verdad hay noches en que no se ve la Luna? —interpeló sorprendida la pequeña luciérnaga.

—¡Claro que sí! La Luna cambia constantemente. Unas veces crece y otras parece una rayita en el cielo. Hay noches en que es enorme, blanca, roja o amarilla, y otras en que no se ve y desaparece entre las sombras o la tapan las nubes. La Luna brilla con intensidad diferente cada noche y, por si fuera poco, su luz es un reflejo de la luz del sol. En cambio, tú, mi pequeña luciérnaga, brillarás siempre con la misma fuerza y lo harás con tu propia luz.

La pequeña luciérnaga quedó maravillada con las explicaciones de su abuela. Nunca se habría imaginado que la Luna fuera tan variable, que brillara o que se apagara según los días, y que su luz fuera un reflejo del sol. A partir de entonces, la pequeña luciérnaga salió cada noche del interior del gran árbol para volar con su familia y amigos. Y así fue como aprendió que cada uno brilla con su propia luz.



La mangosta bienhechora

Anónimo, India

Shah Khan, un joven labrador, vivía con su esposa en una pequeña aldea de la India. Tenían una hija pequeña, la hermosa Indra, a la que ambos querían mucho. Una tarde, cuando regresaba de trabajar, vio entre la maleza a una pequeña mangosta, un animal de patas cortas y larga cola, muy común por la región. Le fascinó su cuerpecillo largo y esbelto, con pelaje brillante y suave, y el par de ojos inteligentes que lo miraban. Pensando que podría ser una excelente mascota para su hija, la llamó:

—Ven, acércate.

Desconfiado, el animalillo se alejó, pero el labrador lo atrajo con trocitos de pan. La mangosta se acercó a comer y, al sentir que las ásperas manos del labrador la acariciaban, supo que no debía temer. Así que Shah Khan la tomó y la metió en el bolsillo de su camisa. Cuando llegó a casa se la mostró a su esposa y a Indra.

—Ya somos más en la familia Khan, les presento a nuestra nueva mascota.



Madre e hija saludaron con ternura a la mangosta, a la cual llamaron Kali, y desde aquel día convivieron muy felices con ella. Indra y Kali crecían poco a poco como grandes compañeras de juego.

Meses después, la mañana de un soleado sábado, la señora salió al mercado para comprar fruta y verdura, y dejó a Indra acostada en su cuna. Como su esposo no estaba en casa ella se fue un poco inquieta, pues no se sentía segura dejando sola a la pequeña Indra con la mangosta. “Después de todo, es un animal salvaje”, pensó.

Media hora después, cuando volvió de sus compras, vio que la mangosta estaba fuera de la casa. Se veía muy inquieta y tenía gotas de sangre junto al hocico. Por la mente de la señora pasaron mil ideas: “Seguro le hizo daño a la niña con sus filosas garras. Nunca confié en este animal, ¡qué tonta fui al dejarlas solas!”. Dominada por una mezcla de furia y angustia, alzó la canasta para arrojarla contra la mangosta y matarla, pero alguien la detuvo. Era Shah Khan que había vuelto y se había dado cuenta de lo que estaba pasando.

—Déjame darle su merecido a este bicho —gritó la señora.

—Cálmate, querida, entremos primero a la casa para ver qué fue lo que sucedió —respondió Shah Khan, mientras la mangosta se alejaba corriendo por el campo.

—Entra tú solo, a mí me da mucho miedo.

El marido entró y vio que la pequeña Indra dormía plácidamente en su cuna, sin un solo rasguño. “¿Qué habrá pasado?”, se preguntó. Al instante escuchó un ruido en el suelo: una peligrosa serpiente malherida se

arrastraba con dificultad. Entonces lo entendió todo: la mangosta había luchado contra la serpiente para salvar a Indra.

Salió de la casa y le explicó a su esposa lo que había sucedido.

—Torpe de mí —dijo ella—. Estuve a punto de acabar con Kali, a quien debemos la vida de nuestra hija.

A partir de ese momento, la mujer del labrador siempre tuvo presente lo importante que es observar y pensar las cosas antes de actuar impulsada por el miedo y la violencia.



Ratón de campo y ratón de ciudad

Esopo, Grecia

Hacía varios meses que el ratón de ciudad no visitaba a su primo, el ratón de campo, y lo extrañaba mucho; así que una mañana alistó su maleta y se fue para el campo.

Al llegar a la finca del ratón de campo, el ratón de ciudad respiró el aire puro y se alegró de ver a su primo, que salía a recibirlo.

—¡Primo! ¡Qué sorpresa! —lo saludó el ratón de campo muy contento.

Luego lo invitó a pasar al granero donde vivía y, de inmediato, el elegante traje oscuro del ratón de ciudad se llenó de briznas de paja.

—¡Cuánto polvo y paja hay en este granero! —se quejó el ratón de ciudad sacudiéndose el traje.

—La paja es muy cómoda para dormir —comentó el ratón de campo—. Y un poco de polvo y paja no hacen daño. Pero, primo, debes tener mucha hambre, vamos a comer.

Salieron al jardín y el ratón de campo lo invitó a sentarse a la mesa. Había allí semillas de girasol, unas cuantas migas de pan de centeno y dos cáscaras de nuez llenas de leche.

El ratón de campo comió contento, pero el ratón de ciudad se quejó:

—¡Qué comida tan simple! Deberías ver lo que se come en la ciudad.

—Sí, querido primo, algún día iré a la ciudad y probaré las famosas comidas de allá.

Luego de cenar, se fueron a acostar. El ratón de campo se durmió enseguida, pero al ratón de ciudad le incomodó la cama de paja, que le picaba, y se asustó con unos ruidos extraños que escuchaba. Así que sacudió a su primo y le preguntó:

—¿Qué ruido es ese tan extraño?

—¡Aah! —contestó el ratón de campo bostezando—. Es el canto de los grillos, especial para dormir, ¿no te parece?

—¡Qué fastidio! —se lamentó el ratón de ciudad y casi no durmió en toda la noche.



Al día siguiente, muy temprano, el ratón de ciudad le dijo al ratón de campo:

—Primo, quiero que vengas hoy a la ciudad y conozcas mi casa. Allá podrás ver qué maravillosos platos se comen y cómo se duerme de bien en una cama de plumas.

El ratón de campo aceptó complacido la invitación:

—Tienes razón, primo, ya es tiempo de que conozca la ciudad.

Llegaron a la ciudad a las seis de la tarde, la hora de mayor congestión del tráfico. El ruido de los autos y la cantidad de gente caminando a toda prisa marearon al ratón de campo.

—¡Qué ruido tan ensordecedor! —se quejó el ratón de campo, pero su primo no lo oyó. Iba muy emocionado correteando y comiendo desperdicios que las personas dejaban caer.

—Vamos pronto a tu casa, por favor. No me siento bien —pidió el ratón de campo.

Por fin llegaron a la elegante residencia del ratón de ciudad y, justamente, las personas que allí vivían estaban celebrando una fiesta.

—Estamos de suerte, primo —dijo entusiasmado el ratón de ciudad—. Comeremos exquisiteces, como te anuncié.

Así que se escondieron en la madriguera del ratón de ciudad a esperar que se fueran los invitados. Había un cojín de plumas forrado de seda tan suave que el ratón de campo se deslizaba al suelo cada vez que se encaramaba.

—Muy suave, pero muy incómodo —le dijo a su primo.



Por fin, muy tarde, cuando ya el ratón de campo estaba casi dormido, el ratón de ciudad le dijo:

—¡Despierta! Vamos por nuestro banquete.

Saltaron a la mesa y comenzaron a roer queso de Holanda, jamón de Italia, pan de harina blanca, torta de almendras y pastel de manzana. ¡Pero, cuando apenas habían probado las comidas exquisitas, apareció el gato siamés en la mesa!

—¡Peligro! —gritó el ratón de ciudad y corrió a esconderse en su ratonera.

El ratón de campo no reaccionó rápidamente y la garra del gato alcanzó a arañarle la cola justo cuando entraba a la madriguera.

—¡Qué susto! ¡Y cómo me duele mi cola! —se quejó.

Al día siguiente, el ratón de campo se despidió del ratón de ciudad:

—Primo, muchas gracias por la invitación. Ciertamente la ciudad es emocionante y hay comidas exquisitas, pero también hay muchos peligros y ruidos ensordecedores. Prefiero mis semillas, mi cama de paja y mis grillos. Adiós.



A cada cual lo suyo le parece mejor.

La gallina de los huevos de oro

Esopo, Grecia

Un matrimonio de campesinos compró un día una gallina en el mercado. A la mañana siguiente, muy temprano, se levantó la mujer para ver si la gallina había puesto un huevo.

Cuando se acercó al gallinero se llevó una sorpresa. La gallina había puesto un huevo que no era como los demás, ¡era de oro! Y esto comenzó a repetirse cada dos o tres días.

Los campesinos estaban asombrados y muy felices. Con el dinero de la venta de los huevos de oro se compraron buena ropa y muchos animales, arreglaron la casa y contrataron varios trabajadores para que se ocuparan de todas las faenas de la finca.

Pero una mañana, el campesino se puso a pensar que dos o tres días era demasiado tiempo para esperar un huevo de oro. Así que le dijo a su mujer:

—¡Qué cansancio tener que esperar tanto para que esta gallina nos dé apenas un huevo de oro cada dos o tres días! ¿No te parece mejor matarla, abrirle la panza y quitarle todos los huevos de una buena vez?

La mujer pensó que era una buena idea.

El hombre tomó un cuchillo, abrió la gallina y vio que adentro era exactamente igual a cualquier otra gallina y no había ni un solo huevo de oro.



El león y el mosquito

Jean de la Fontaine, Francia

Un día amaneció el mosquito sintiéndose muy valiente e invencible, y con deseos de que todo el mundo se enterara de su fuerza. De modo que se fue volando a la casa del león a enfrentarlo. Por el camino iba pregonando por todos lados:

—¡Soy invencible! Nadie puede derrotarme, ni siquiera el león.

Los animales, sorprendidos por los gritos del mosquito, sonrieron y lo siguieron para ver qué sucedía. Al llegar a la casa del león, el mosquito dijo:

—León, yo puedo vencerte en una pelea. Soy el más fuerte.

—Mosquito, me parece que eres demasiado pequeño para desafiarme en combate —contestó el león sin hacerle demasiado caso al molesto insecto.

—Soy pequeño, pero valiente e invencible —dijo el mosquito a voz en cuello—. Vamos a pelear.

—Si así lo deseas... —dijo el león y luego lanzó un rugido y un zarpazo.

Pero el mosquito esquivó el zarpazo, voló directo a la nariz del león y comenzó a picarlo allí, donde el felino es más sensible.

El león, desesperado, se daba manotazos y se desgarraba la piel, pero no lograba cazar al mosquito, que era más rápido que él. Por fin, desconcertado, el león dijo:



—Basta ya, mosquito. Me rindo. Ganaste la pelea.

Los animales aplaudieron y el mosquito estaba feliz.

—¡Soy invencible! ¡Soy valiente! ¡Soy el mejor! —cantaba mientras volaba sobre la cabeza de todos los asistentes.

—Eres valiente, no hay duda —dijo el león—. Pero invencible..., eso es otra cosa.

El mosquito ni siquiera lo oyó y se fue volando alegre y orgulloso. Entonces, sin darse cuenta, se enredó en la tela que una araña había tejido entre dos ramas. La araña dio un salto y se lo comió.

La zorra y la cigüeña

Félix María de Samaniego, España

La zorra siempre había pensado que la cigüeña era muy boba y, un día, decidió hacerle una broma para demostrar su teoría. Así que la invitó a cenar a su casa, preparó una rica comida y la dispuso sobre una mesa bien adornada.

Cuando llegó la cigüeña, sintió unos deliciosos aromas que le abrieron el apetito. Pero cuando se sentaron a la mesa, se dio cuenta de que la zorra había puesto todos los manjares en platos grandes y muy planos, y ella no podía comer nada con su pico largo y fino. Sin embargo, no dijo nada.

Cuando la zorra terminó de comerse toda la cena, la cigüeña le agradeció la invitación y se fue. La zorra, apenas cerró la puerta, soltó la carcajada y se echó al suelo a reírse.





Unas semanas después se encontraron cerca del estanque y la cigüeña invitó a la zorra a cenar. La zorra aceptó inmediatamente y se fue a su casa sonriendo mientras pensaba: “Esta cigüeña es muy boba, está muy agradecida por la invitación que le hice”.

La cigüeña también se esmeró en preparar una comida exquisita. La zorra llegó puntual y se le hizo agua la boca al sentir los tentadores olores que venían del comedor. Pero cuando se sentaron a la mesa, la zorra se dio cuenta de que todo estaba servido en frascos de largo y fino cuello, donde solo cabía el pico de una cigüeña, y no el hocico de una zorra.

La cigüeña comió con apetito y, cuando estuvo satisfecha, dijo:
—¿Qué opinas de la cena? Es una comida tan sabrosa como la que tú me preparaste.

El gato y el cascabel

Anónimo, Europa



Estaban muy preocupadas las ratas desde que el granjero había conseguido un gato. Ya no podían corretear por allí alegremente, tomar el sol o comer con tranquilidad. Así que decidieron reunirse para discutir el problema, porque la vida se había vuelto muy peligrosa.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó una de las ratas.

A nadie se le ocurría nada hasta que una pequeña rata dijo:

—El gato es muy silencioso, ¿no?

—Así es, así es —exclamaron todas.

—Nunca podemos oírlo cuando se acerca —continuó la pequeña rata—. Bueno, podríamos ponerle un cascabel al gato.

—¿Un cascabel? —preguntaron las ratas asombradas.

—Sí, un cascabel. Así, en cuanto se acerque, escucharemos un tilín tilín y todas tendremos tiempo de escapar.

—¡Qué maravillosa idea! —dijo una rata.

—Brillante! —señaló otra.

—Esa es la solución. Estamos salvadas —dijeron todas con alegría.

—Un momento, un momento —dijo la rata más vieja—. ¿Quién le pondrá el cascabel al gato?

Es fácil imaginar grandes soluciones, el problema es poder llevarlas a la práctica.

El pastorcito mentiroso

Esopo, Grecia

Había una vez un pastor de ovejas que era muy mentiroso. Una mañana se le ocurrió asustar a los campesinos y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Peligro! ¡Viene el lobo, viene el lobo!

Los agricultores que trabajaban por allí cerca lo oyeron y fueron corriendo con palas y picos a ayudarlo. Pero cuando llegaron, no había ningún lobo.

El pastor les explicó que el lobo había huido cuando oyó que venían. No muy convencidos, los campesinos volvieron a su trabajo.



El muchacho se divirtió tanto con el alboroto que se había formado con sus gritos que a los pocos días, no pudiendo contenerse, volvió a gritar:
—¡Auxilio, viene el lobo! ¡Viene el lobo!

Una vez más los campesinos corrieron para ayudarlo, pero, como la primera vez, cuando llegaron no había ningún lobo. Los campesinos se molestaron con el pastor y lo regañaron.

Dos días más tarde apareció el lobo. El pastor estaba muy asustado con la presencia de la fiera y comenzó a gritar con desesperación:

—¡El lobo! ¡El lobo! ¡Socorro!

Pero esta vez los campesinos, pensando que era otra de las mentiras del pastor, siguieron trabajando sin hacerle caso.

El lobo mató a tres ovejas del rebaño y le mordió la mano al pastor. El pastor nunca más volvió a decir mentiras.



El león y el ratón

Jean de la Fontaine, Francia

Un día, un ratón muy distraído iba caminando por la selva, cuando, sin darse cuenta, se encaramó por el lomo de un león que estaba echado durmiendo la siesta.

El león sintió cosquillas en el lomo y se rascó.

—¿Qué es esto? —dijo sorprendido cuando tocó al ratón. Luego lo atrapó de la colita con su inmensa garra y se lo acercó a la cara—. Vaya, vaya... —gruñó y abrió sus enormes fauces para comérselo.

El ratón, aunque temblaba de miedo, carraspeó y dijo:

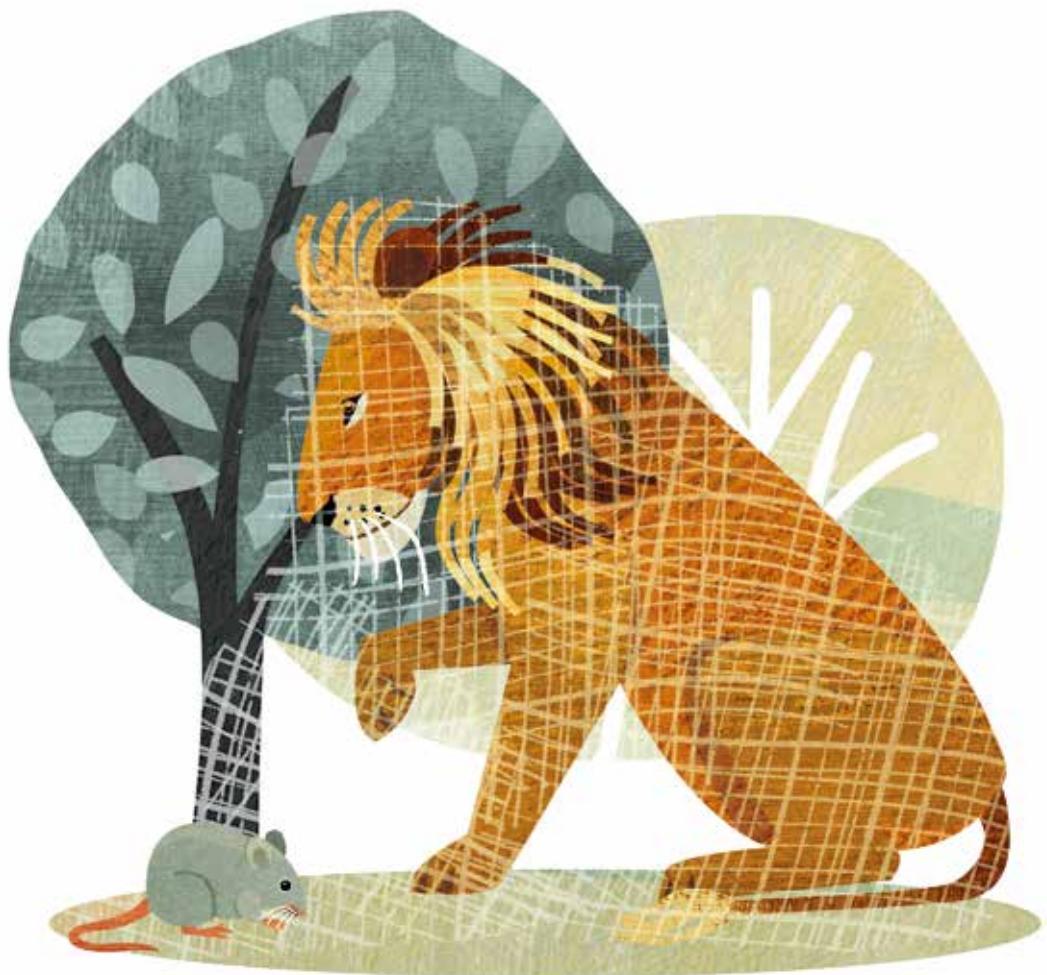
—Señor león, por favor, perdóneme la vida. Algún día yo podré salvarlo.

Al león le parecieron muy graciosas las palabras del ratón y se rio con muchas ganas.

—¡Cómo dices eso! No puedes pretender que algún día tú, un pequeño ratón, pueda salvarme la vida a mí, el rey de los animales —dijo el león—. Pero como me has hecho reír tanto, ratoncillo, te dejaré ir.

Y con una sonrisa en las fauces soltó al ratón, que se escapó corriendo.

Pasaron los meses y el ratón se mantuvo apartado de los territorios del león. Mas un día, a lo lejos, sintió unos aullidos. Siguió los gritos lastimeros y encontró al león atrapado en una red que los hombres habían puesto para cazarlo.



—Señor león —dijo el ratón—, ¿usted recuerda que hace un tiempo le prometí salvarlo? Hoy lo haré.

Así que se puso a roer las cuerdas que ataban al león hasta que logró soltarlo. El león, agradecido, le dijo:

—Nunca pensé que alguien tan pequeño y débil como tú pudiera alguna vez ayudarme, y menos aún salvarme la vida. Muchas gracias.

La liebre y la tortuga

Jean de la Fontaine, Francia

La liebre siempre estaba apostándoles carreras a todos los animales del bosque para probar su velocidad y poder presumir su rapidez.

Un buen día, la tortuga le dijo a la liebre:

—Oye, ¿apostamos a ver cuál de las dos llega primero al río?

Al oírlo, la liebre se echó a reír.

—¡Estás loca! —exclamó, muerta de risa—. ¡Qué cosas se te ocurren!

Eres el animal más lento del bosque y crees que puedes ganarme una carrera. ¡Has perdido el juicio!

—La que llegue primero será proclamada como la más veloz del bosque. ¿Aceptas la apuesta? —replicó la tortuga, muy segura y convencida.

La liebre, al verla tan confiada, pensó en darle una lección y aceptó la apuesta: la que llegara primero al río sería proclamada la campeona de velocidad de todo el bosque.

Los animales se reunieron para ver la carrera y un gallo muy serio dio la salida a los contrincantes.

La liebre sabía que llegar al río no le tomaría más de un minuto. Así que no vio necesidad de apresurarse, por lo que, antes de echar a correr, se detuvo a almorzar en un prado de hierba tierna y jugosa que había por allí. Tan pronto como quedó satisfecha, le entró un sueñito y decidió dormir una siesta plácidamente.



“Si duermo diez minutos —se dijo—, tendré el tiempo suficiente para llegar al río antes de que la tortuga se acerque a la meta”.

La tortuga, por su parte, sin perder un momento, echó a andar a su paso lento y pesado, una patita tras otra, sin detenerse a descansar ni a recuperar el aliento. Y aunque sudaba mucho, no aminoró la marcha.

Entretanto, la liebre, después de la siesta, se encontró con las urracas y las palomas, que estaban contando historias y chismes del lobo, el zorro y el león. Como las anécdotas eran muy graciosas, se divirtió de lo lindo. Al cabo de un rato se dijo que ya era hora de correr hacia el río, pues su retadora debía de estar a punto de llegar a la meta. Y entonces salió disparada como una flecha, dispuesta a recuperar el tiempo perdido.

Pero por más que se esforzó, ya no pudo hacer nada. Mientras ella, la más veloz, se había dedicado a comer, a dormir y parlotear con sus amigas, la tortuga, con su famosa lentitud, le había sacado una ventaja tan grande que consiguió llegar a la meta antes y ganar la apuesta.

Así, la tortuga fue proclamada como la más veloz del bosque.



La liebre y el león

Esopo, Grecia

Una vez, en un bosque muy lejano, todos los animales se pusieron de acuerdo para seleccionar al azar cuál sería el almuerzo del león cada semana. De esta forma, el león no saldría a cazar, no los perseguiría y podrían vivir muy tranquilos. Así, semanalmente, los animales hacían una rifa para seleccionar a quién le tocaría ser el almuerzo del león.

Un buen día, una liebre muy astuta ganó la desafortunada lotería y trazó un plan para escaparse de la muerte. Primero, caminó muy lentamente a la cueva del león y llegó tarde a la cita.

El león tenía un hambre enorme y se enfadó mucho por el retraso. Al ver llegar a la liebre, hecho una fiera, le preguntó por el motivo de su tardanza, a lo que ella respondió:

—Señor león, cuando venía hacia su cueva para cumplirle la cita, me encontré con otro león. Él me dijo que el rey de esta comarca era él y no me quería dejar pasar. Así que tuve que correr y esconderme entre los arbustos, y luego esperar que se cansara de buscarme. Por eso tardé tanto.

El león le creyó toda la historia a la liebre y se enfureció. Enseguida le ordenó que lo llevara a donde estaba ese león tan atrevido que decía ser el rey del lugar.

La liebre condujo al león hasta un paraje en el que el río era muy profundo y había una corriente muy fuerte que arrastraba piedras y troncos.

Al llegar, le pidió al león que se acercara y se asomaron con cuidado en el río. La silueta de ambos se reflejó en la superficie del agua.

—¿Lo ve, mi señor? —dijo la liebre—. Ese es el león, ahí, en el agua.

El león creyó que su reflejo era otro león y muy furibundo se tiró al río para luchar contra el intruso. Pero la corriente era tan fuerte y el río era tan hondo que el león no pudo nadar y murió ahogado. Así, la liebre, gracias a su astucia, salvó su vida.



La rana y el buey

Félix María de Samaniego, España

En la orilla de una quebrada vivía una rana muy pretenciosa que se ufanaba de ser el animal más grande del lugar. Una mañana se acercó un buey a beber un poco de agua de la quebrada y la rana se sorprendió al ver su tamaño.

Esta lo miró de arriba abajo y se dijo:

—¡Qué animal tan grande! Pero si yo me inflo un poco, puedo verme tan grande como él.

El buey se puso a pastar al pie de la quebrada sin prestarle mucha atención a la presuntuosa rana, que comenzó a hincharse cuanto pudo. Cuando no le cabía más aire en sus pulmones, les preguntó a las otras ranas si se veía más grande que el buey.

Las ranas se rieron un poco y le respondieron:

—Claro que no. Te falta hincharte un poco más para alcanzar su tamaño.

Dicho y hecho. La rana se hinchó con mucho esfuerzo otro poco y, en verdad, parecía mucho más grande que antes. Así que de nuevo les preguntó a las demás si se veía tan grande como el buey.





Ellas se echaron a reír otra vez y le dijeron que no, que le faltaba muchísimo para verse como el buey.

La rana, que era más terca que una mula y no quería desistir del intento, con un último y gran esfuerzo se infló todavía más. Pero se hinchó tanto que reventó y ¡todas las ranas de la quebrada saltaron al agua del susto!

El águila que voló más alto

Álex Rovira y Francesc Miralles, España

Cuenta una vieja leyenda que, una vez al año, se reunían las águilas más grandes y fuertes del mundo en la cordillera del Himalaya. Viajaban largas distancias para ese encuentro que tenía un simple propósito: ver cuál era el águila que podía volar más alto. Era una antigua tradición entre las águilas y, cada año, la ganadora tenía el privilegio de compartir con el resto de los participantes las claves que la habían llevado a triunfar en el concurso, para así ayudar a todas las águilas a mejorar su técnica de vuelo.

Esas aves, bellas y majestuosas, procedían de los cinco continentes y venían encontrándose temporada tras temporada, y cada vez era una de ellas, casi siempre alguna de las más jóvenes o fuertes, la que ganaba. Pero aquel año sucedió algo inesperado: al concurso se presentó en el último momento un águila vieja, muy viejecita y escuálida. Todas las participantes se sorprendieron cuando vieron que su camarada optaba a tan difícil victoria teniendo en cuenta que todas ellas eran jóvenes y fuertes y estaban en plena forma.

Entre risas y bromas, sus compañeras trataron de desanimarla para que desistiera de su intento: era evidente para todas que su edad, su menor tamaño y su delgadez le impedirían batir las alas para lograr siquiera una posición decente en el resultado final.



La vieja águila escuchó los argumentos de sus atléticas compañeras con paciencia, pero sin decir ni pío.

Llegado el momento, el juez del concurso, un enorme buitre moteado famoso por ser el ave que volaba más alto en el mundo, superando los once mil metros de altitud, abrió las alas para indicar que podían comenzar a ascender. Una tras otra, las águilas desplegaron las alas y las batieron con todas sus fuerzas para elevarse casi en vertical, como una flecha lanzada por el más fuerte de los arqueros, con rapidez fulgurante.



Cien metros hacia arriba, doscientos, quinientos, mil metros, dos mil, tres mil, cuatro mil, cinco mil metros... Algunas mantenían el ritmo, y otras se dejaban caer planeando, agotadas. Solo dos de ellas llegaron a los seis mil metros de altura.

De pronto, todas vieron ascender lentamente, pero con firmeza, a la vieja águila, que, en lugar de batir las alas enérgicamente, las tenía plácidamente desplegadas y ascendía realizando enormes círculos, impulsada por las corrientes de aire caliente, las térmicas, que la elevaban entre las enormes y preciosas montañas nevadas del Himalaya. Con su técnica tranquila y elegante, superó en altura a sus dos compañeras y siguió elevándose hacia los siete mil metros de altura.

Las águilas más jóvenes, fuertes pero pesadas, no conocían la técnica que les habría permitido imitar a la que, sin duda, sería la ganadora de ese año.

Se sabía que el águila vencedora del año anterior había logrado llegar a los siete mil metros. Eso sí: exhausta, agotada y sin aliento. Sin embargo, para el asombro de todos, la vieja campeona superó de largo esa cifra: llegó nada menos que a los ocho mil metros de altitud, simplemente dejándose llevar por unas corrientes de aire infinitamente más potentes que la fuerza que podían generar las alas más enérgicas.

No hubo duda, y el juez así lo certificó: la vieja águila, ligera de peso, experimentada y humilde, llegó, con diferencia, a lo más alto sin apenas desgaste físico y disfrutando del vuelo y del concurso como ninguna otra de sus compañeras estresadas, crispadas y agotadas.

La victoria fue reconocida por unanimidad y con una amplia ovación del resto de sus compañeras. Las burlas y la incredulidad iniciales dieron paso a un reconocimiento lleno de respeto y de admiración. Era el momento de que todas escucharan a la nueva ganadora, quien, con su paciencia, sabiduría y experiencia, les reveló el secreto para volar más alto que nunca y apenas sin esfuerzo: reconociendo humildemente que la fuerza principal para elevarse venía del mismo viento al que trataban de dominar.



Gallina para tres

Anónimo, Suramérica

Cuentan que un lindo día de primavera, don Zorro madrugó para ir a cazar. El clima era muy agradable, olía a frutas y flores, y el sol lucía radiante.

Don Zorro estaba feliz e intuía que iba a ser un buen día. Y así fue: justo al pasar por una granja, vio a un grupo numeroso de gallinas que picoteaban el maíz despreocupadas. Don Zorro se abalanzó sobre ellas y consiguió atrapar a la más grande. Así que, satisfecho por la caza, se fue contento a su madriguera a enseñarle la presa a doña Zorra.

Cuando don Zorro llegó a su madriguera, le dijo a su esposa:

—¡Mira qué gallina tan grande la que atrapé!

—¡Qué maravilla! —exclamó eufórica doña Zorra—. ¿Y si invitamos a comer al señor Tigre? ¡Tenemos que mantenerlo contento para que no nos moleste!



—Me parece una excelente idea —dijo don Zorro—. Ve preparando el guiso mientras voy a buscarlo.

Doña Zorra comenzó a preparar el guiso, pero este olía tan bien, que se vio tentada a probarlo.

—Probaré un poquito para ver si le hace falta algo más de sal... —se dijo a sí misma doña Zorra—. ¡Mmmmm! ¡Qué bueno está! Voy a ponerle un poco más de laurel y lo probaré una vez más... ¡Mmm, delicioso!

Y así, probando y probando, doña Zorra se comió toda la gallina. Cuando se sintió llena, ya no quedaba ni un trocito de carne.

—Bueno, ¡qué le vamos a hacer! —suspiró doña Zorra— ¡Tenía tanta hambre!

En ese momento llegó don Zorro con el señor Tigre, que venía entusiasmado con la idea de comer guiso de gallina.

—¡Hola, querida! —saludó don Zorro a doña Zorra—. ¿Cómo va ese guiso?

—¡Fabuloso! —mintió doña Zorra, que tenía un plan.

Así entró en la cocina y llamó a su marido:

—Necesito que afiles estos cuchillos para que corten bien —le dijo.

Y mientras don Zorro afilaba los cuchillos, ella salió de la cocina a hablar con el señor Tigre.

—Mire, señor Tigre, tengo algo que contarle, y se lo voy a decir porque lo estimo... Mi marido últimamente tiene unas manías muy raras. Ahora está empeñado en comerse una de sus orejas porque dice que le dará mucha fuerza. Ahí anda en la cocina afilando los cuchillos...



—¿Una de mis orejas? —protestó alarmado el señor Tigre.

Se dirigió sigilosamente a la cocina y, de reojo, vio a don Zorro afilando dos enormes cuchillos. Le entró un miedo atroz y salió corriendo sin decir más.

Entonces, doña Zorra gritó:

—Don Zorro, rápido, ven. ¡El señor Tigre salió corriendo y se llevó la gallina!

Don Zorro salió corriendo de la cocina con los cuchillos en las manos. Y el señor Tigre, despavorido al ver que don Zorro lo perseguía, corrió aún más.

—¡Vuelva, señor Tigre! —gritaba don Zorro— ¡No se la lleve, tengo mucha hambre!

Mientras tanto, la astuta doña Zorra sonreía con la barriga bien llena.

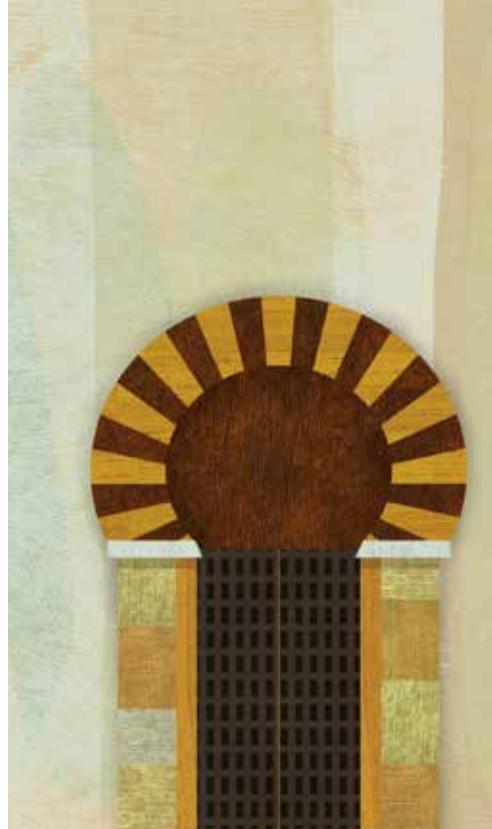
El invitado de honor

Anónimo, Medio Oriente

En una ocasión, Nasrudín fue invitado a una celebración en el palacio del gobernador. Así que aquel día, desde temprano, mientras labraba su plantío de higos, imaginaba lo bien que iba a pasar en esa maravillosa fiesta.

Pero se concentró tanto en su trabajo que cuando se dio cuenta, se le había hecho tarde para arreglarse. No le daba el tiempo para ir a su casa y cambiarse, pues la impuntualidad irritaba al gobernador. Entonces decidió presentarse con su ropa de labranza, toda salpicada de polvo. Ni siquiera alcanzó a lavarse la cara ni las manos.

Cuando llegó al palacio, los invitados conversaban animadamente. Pero nadie se acercó a saludarlo, nadie le dirigió la palabra ni nadie le pidió su opinión sobre los temas que discutían. Ni siquiera el gobernador le prestó atención. Y, a la hora de servir la cena, lo hicieron sentarse en el punto más distante del salón.



Nasrudín meditó por un segundo y sigilosamente salió del palacio y se dirigió a su casa. Tomó un buen baño con jabón y agua caliente, se puso sus nuevos pantalones bombachos, una hermosa camisa de seda y un turbante color rubí. Para completar su atuendo se engalanó con su largo abrigo de piel, una prenda costosa y llamativa. Cuando estuvo listo, fue de nuevo a casa del gobernador.

Los sirvientes lo hicieron pasar inmediatamente a la sala de banquetes y lo sentaron a la derecha del anfitrión. El gobernador, sin conocerlo, le preguntaba su opinión sobre cualquier cosa.

Los meseros le servían ricos manjares, pero, para la sorpresa del gobernador, Nasrudín tomaba esas delicias y las depositaba en los bolsillos de su abrigo diciendo:

—Come, querido abrigo, come.

Los invitados lo miraban sorprendidos.

—¿Por qué haces eso? —preguntó el gobernador.

—Le estoy dando de comer al invitado de honor —respondió Nasrudín.

—¿Acaso has perdido el juicio? —objetó el gobernador.

—No. Hace rato, cuando vine con mi ropa de trabajo, nadie me prestó atención. Ahora que traigo este abrigo, todos son amables. Yo sigo siendo el mismo, así que la diferencia de trato solo se explica por el abrigo. Por eso creo que él es el invitado de honor.



Tío Tigre y Tío Conejo

Anónimo, Suramérica y Las Antillas



En una soleada mañana, Tío Conejo recolectaba zanahorias para preparar su comida preferida, cuando escuchó un fuerte rugido que lo asustó. Era Tío Tigre, que estaba buscando algo para comer. Tío Tigre era un felino grande y fuerte, que atemorizaba a los animales pequeñitos del monte, pero no al astuto Tío Conejo, conocido en todas partes por su ingenio.

Al ver a Tío Conejo, Tío Tigre exclamó:

—¡Te encontré, Tío Conejo! No podrás escapar de mí esta vez.
Serás mi comida de hoy.

Como Tío Conejo no estaba dispuesto a dejarse comer, comenzó a pensar en una solución. Miró alrededor, y al ver unas grandes rocas en la cima de una colina tuvo una idea. Entonces le dijo a Tío Tigre:

—Yo soy una presa pequeña y con poca carne. Siendo tú tan grande y fuerte, ¿por qué quieres comerme cuando puedes obtener un banquete más succulento? En la cima de la colina veo que hay un rebaño de vacas pastando. Puedo subir hasta allá rápidamente y empujar una novilla para que ruede hasta ti.

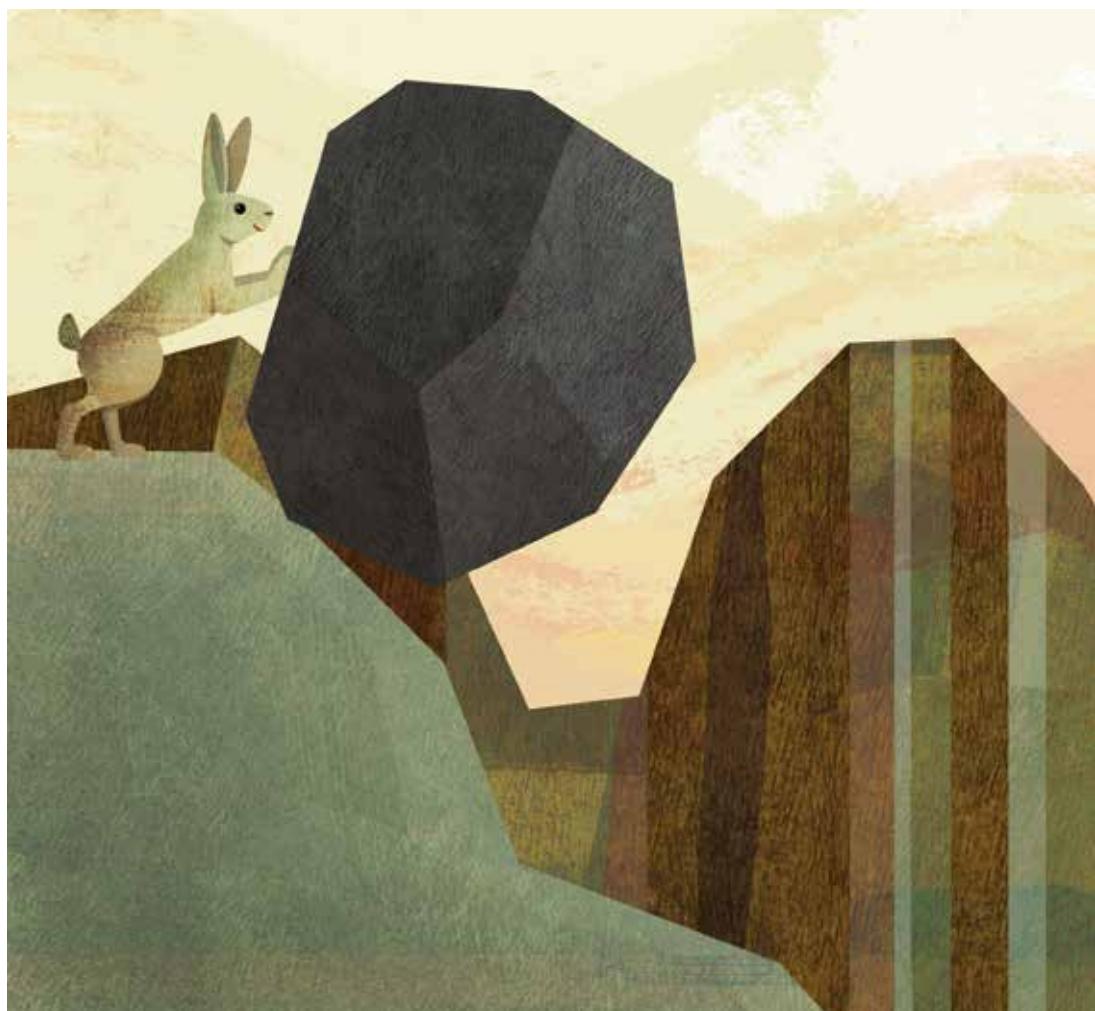
Tío Tigre alzó la mirada y, como la luz del sol le daba directo en los ojos, solo pudo divisar la sombra de unos bultos a lo lejos. Creyendo en las palabras de Tío Conejo, aceptó la oferta.

Ni corto ni perezoso, Tío Conejo subió a la colina y arrastró una de las pesadas rocas hasta el borde del precipicio, y desde allí le gritó a Tío Tigre:

—¡Tío Tigre, abre los brazos para que agarres a la novilla!

Entonces el gran y feroz Tío Tigre abrió sus brazos y la roca le cayó encima, dejándole un enorme chichón en la cabeza que le impidió cazar por varios días.

Y una vez más, a Tío Conejo lo salvó su astucia, y no la fuerza bruta.



Las credenciales del caballo

Anónimo, España

Erase una vez una zorra y un lobo que nunca habían visto a un caballo. De pronto, en el camino, se encontraron con uno muy grande y los dos se miraron con ojos de “por fin, el almuerzo”.

La zorra le dijo al lobo:

—Con este animal tan grande hay para los dos y sobrará para esta noche.

Los dos animales, curiosos, se acercaron al caballo y le preguntaron:

—No te conocemos, amigo. ¿Qué clase de animal eres?

El caballo sospechó de las malas intenciones de la zorra y el lobo, y respondió:

—Mi nombre está escrito en la suela
de mis zapatos para que nadie lo
olvide. Acérquense y se los
muestro.



La zorra y el lobo se acercaron a la suela de las patas traseras del caballo para ver su nombre y saber qué era lo que se iban a comer. Pero cuando estaban detrás, el caballo levantó las patas y le dio a cada uno una patada que los dejó muy lastimados. El caballo siguió su camino, y la zorra y el lobo tuvieron que pasar un largo tiempo recuperándose.





Este libro pertenece a

que hoy hace parte de la gran red
de lectores Secretos para contar

secretos para contar